

## Trabajo Fin de Grado

El Cartismo: antecedentes y significación  
histórica.

The Chartism: antecedents and historical  
significance.

*Autor/es*

Sergio Salillas Torrecillas

*Director/es*

Carmen Frías Corredor

## Resumen.

La Revolución Industrial inglesa es uno de los procesos más importantes de la historia contemporánea y que tuvo como resultado una paulatina pero profunda serie de cambios a todos los niveles. Las innovaciones tecnológicas posibilitaron la introducción de maquinaria –que sustituyó al hombre– y dieron lugar a la aparición del mundo fabril además de la consolidación del capitalismo industrial.

Ante tales transformaciones, desde finales del XVIII la masa obrera comenzó a tomar conciencia de su paupérrima situación y a rechazarla; primero mediante el tradeunionismo con demandas laborales, luego con el ludismo a través de la destrucción de máquinas (con más carga moral y organizativa de la que pudiera parecer) y ya en 1838 con el cartismo, reivindicando además de las laborales mejoras políticas. A pesar de la corta duración de la aventura cartista –una década–, su significación histórica como movimiento innovador que supo conciliar lo laboral y lo político es innegable.

**Palabras clave:** Cartismo, ludismo, tradeunionismo, Robert Owen, Revolución Industrial, *Combination Acts*, movimiento obrero, Inglaterra.

-----

The English Industrial Revolution is one of the most important processes in contemporary history and has resulted in a gradual but profound series of changes at all levels. Technological innovations made possible the introduction of machinery –which replaced man– and gave rise to the emergence of the manufacturing world as well as the consolidation of industrial capitalism.

Faced with such transformations, since the end of the eighteenth century the working class began to become aware of its poor situation and to reject it; first through trade unionism with labour demands, then with Luddism through the destruction of machines (with more moral and organizational burden than it might seem) and already in 1838 with Chartism, claiming in addition to labour political improvements. Despite the short duration of the Chartist adventure –a decade– its historical significance as an innovative movement that managed to reconcile work and politics is undeniable.

**Keywords:** Chartism, Luddism, trade unionism, Robert Owen, Industrial Revolution, *Combination Acts*, labour movement, England.

## Índice.

1.	Introducción: objetivos y metodología. ....	4
2.	Estado de la cuestión. ....	6
3.	La Primera Revolución Industrial y sus consecuencias sociales. ....	9
4.	La legislación sobre las asociaciones de trabajadores en el amanecer del siglo XIX: las Combination Acts. ....	18
5.	El ludismo: las presiones desde abajo. ....	27
6.	Robert Owen: ¿un socialista utópico?.....	37
7.	El cartismo. ....	41
7.1.	El cartismo. Reivindicaciones en comanda: el mundo de los trabajadores y la pequeña burguesía radical. ....	42
7.2.	Cartismo: tácticas más allá de las peticiones al Parlamento. ....	46
8.	Conclusiones. ....	52
9.	Bibliografía. ....	55

## 1. Introducción: objetivos y metodología.

El objetivo del presente Trabajo Final de Grado ha sido tratar de analizar y comprender mejor un movimiento que, bajo mi punto de vista, no suele ser abordado con demasiada profundidad en el Grado por lo amplio del temario de la asignatura Historia Contemporánea Universal.

Cuando normalmente se explica o se habla de la Revolución Industrial y con ella, de las transformaciones no sólo económicas y políticas que originó, sino también sociales y culturales, se suele poner un mayor énfasis a la hora de explicar el movimiento obrero en las primeras agrupaciones de trabajadores de finales y comienzos del XVIII y XIX –el tradeunionismo y el ludismo– para tras ello, hablar de la publicación del *Manifiesto Comunista* de Karl Marx y Friedrich Engels en 1848 como la puerta al socialismo, a la agrupación de la masa obrera en torno a la AIT, los partidos socialistas (y su lucha por llegar al Parlamento) y los diversos grupos de anarquistas en países como por ejemplo España.

Sin embargo, en este trabajo además de hablar y poner en contexto el desarrollo de la Revolución Industrial, exponer el proceso de consolidación y madurez del sindicalismo inglés y plantear el ludismo como mucho más que una simple muchedumbre destructora de maquinaria, he pretendido mostrar al cartismo como la novedad que supuso: un movimiento que logró aglutinar a una gran cantidad de seguidores a escala nacional (unas de las razones que finalmente le llevaría al fracaso por su heterogeneidad) y que no sólo luchó por las mejoras en el ámbito laboral, sino que mediante sus peticiones al Parlamento demandó beneficios y soluciones político-sociales.

El motivo de la elección de esta temática es debido a que desde el comienzo de mis estudios en el Grado de Historia, las asignaturas de Historia Contemporánea despertaron en mí un gran interés –y en particular, aquéllas que versaban con todo lo relacionado con el momento en el que las clases bajas iban tomando conciencia política y se iban considerando como un único grupo con las mismas particularidades–, que hicieron que sintiera cierta inclinación por el siglo XIX y en particular, por las consecuencias que tuvo la Primera Revolución Industrial. Por todo ello, el cartismo ha sido una temática perfecta puesto que me ha permitido indagar en aquello que me apasiona así como obtener un conocimiento mayor del que ya tenía.

En cuanto a la metodología empleada para la realización de este TFG, al tratarse éste de un trabajo de recopilación y no de investigación, todo lo que he hecho ha sido recoger y consultar la información y bibliografía que mi directora, Carmen Frías, me ha ido proporcionando a lo largo de estos meses de elaboración.

Mi labor por tanto, se ha basado en la lectura y posterior análisis de los textos y trabajos que ya habían tratado y hablado sobre el tema para, una vez extraídas mis propias conclusiones, plasmarlas en las páginas de este Trabajo. La ayuda de mi directora en ese sentido ha sido inestimable por dos motivos; el primero porque a la hora de ordenar la información que he ido obteniendo de una forma adecuada, su experiencia ha supuesto un punto a favor, y segundo para con la construcción de una tesis que fuese clara a la vez que concisa.

## 2. Estado de la cuestión.

Este 2017 ha sido el año en el que se ha cumplido un siglo desde el inicio de una de las revoluciones más importantes de la historia reciente; suceso que cambió de forma súbita el panorama Europeo y, por ende, el mundial: la Revolución Rusa. Tal hecho está considerado como un acontecimiento decisivo para todo lo que tuvo lugar posteriormente a lo largo del siglo XX –o “corto siglo XX”<sup>1</sup> tal y como algunos autores lo han denominado–.

La revolución bolchevique fue el colofón y la demostración final a que la revolución proletaria que había predicho Karl Marx era posible. Tras ella, la clase obrera consiguió derrocar a la clase dominante y tumbar el régimen zarista con la toma del gobierno y las demás instituciones políticas mediante la instauración de un Estado socialista. No obstante y pese a que durante unos meses la posibilidad de una revolución mundial estuvo muy latente, finalmente las fuerzas contrarrevolucionarias lograron frenarla.

Sin embargo, tal y como decimos aquel suceso fue el resultado de un largo y arduo camino recorrido por el movimiento obrero, algo más de un siglo y medio de lucha constante por y para la consecución de mejoras económicas, políticas y sociales.

Por tanto, el hecho de que sea un tema tan trascendental ha influido en que sea a su vez amplia y magníficamente bien documentado, por lo que la bibliografía es tan extensa como excelsa. Ésta es la razón por la cual ha sido imposible hacer un estado de la cuestión. Aunque este TFG ha ido enfocado sólo a explicar una parte de todo el movimiento obrero como es la del cartismo –además de algunas pinceladas sobre la Primera Revolución Industrial, el tradeunionismo y el ludismo–, la bibliografía y documentación son tan amplias en este tema que aspirar a la realización de un estado de la cuestión suponía una empresa francamente complicada. Es por ello por lo que he optado por comentar en este apartado las obras que he consultado para la realización de este trabajo, o al menos, las que más relevancia han tenido.

---

<sup>1</sup> Término originalmente formulado por el historiador húngaro Ivan T. Berend y que fue desarrollado posteriormente por el historiador marxista británico Eric Hobsbawm. El concepto se usa para referirse al período de 77 años comprendido entre 1914 y 1991, es decir, entre el comienzo de la Primera Guerra Mundial y el derrumbe de la Unión Soviética.

Al primero que debo nombrar es, sin duda, E. P. Thompson. Desde que comencé mi andadura en el Grado de Historia, muchas han sido las referencias que se me han ido haciendo sobre este historiador perteneciente al pensamiento marxista británico. No obstante, no ha sido hasta este trabajo donde lo he descubierto de un modo mucho más profundo. Su gran obra, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, ofrece una perspectiva panorámica de todo el movimiento obrero poniéndolo en continua relación con la coyuntura política, económica y social de la Inglaterra del XVIII y XIX. Tras su lectura, entiendes sin duda por qué se trata de uno de los libros de historia más influyentes del siglo XX, dotado además de una extraordinaria calidad literaria. Es por ello por lo que el historiador y sus teorías me han servido de gran ayuda para la realización de mi TFG y por lo que gran parte de las referencias hechas a lo largo de las siguientes páginas, están dirigidas a él y a esta obra –además de *Costumbres en común*–.

Otro historiador que no podía faltar en un trabajo relacionado con el movimiento obrero y el siglo XVIII ha sido Eric Hobsbawm, a quien ya conocía pero que no por ello ha dejado de sorprenderme. Al igual que Thompson, su corriente historiográfica fue la del marxismo británico. En este TFG, hasta cuatro de sus obras han sido utilizadas (*Trabajadores*, *El mundo del trabajo* y *El capitán Swing*, ésta, escrita conjuntamente con G. Rudé) aunque sin duda, la que más me ha aportado es uno de sus trabajos culmen: *La era de la Revolución*; donde a través de una magnífica visión global, analiza los hechos que tuvieron lugar desde 1789 hasta 1848, es decir, el laxo de tiempo del que trata este trabajo final de grado. Su enfoque acerca de la industrialización no se limita únicamente a los acontecimientos políticos y las evoluciones económicas, sino que sobre todo, engloba asimismo las luchas del movimiento obrero y del campesinado así como los cambios a nivel religioso y cultural que se vivieron en aquellas décadas.

Además de Thompson y Hobsbawm, otro representante de la historiografía marxista británica en este TFG ha sido George Rudé; de hecho, fue con ellos –además de otros autores como Raphael Samuel o Christopher Hill– con quienes creó el concepto de “historia desde abajo” (“*history from below*”).<sup>2</sup> En su gran trabajo, *La multitud en la historia*, habla de la Inglaterra que va desde 1730 a 1848, tratando de recoger el pasado de los sectores populares desde un punto de vista novedoso, ya que introduce la

---

<sup>2</sup> Término de narración histórica de la Historia social centrado en la perspectiva de la gente ordinaria (campesinos, gente de clase trabajadora...), en lugar de la de los líderes políticos y de otra condición.

subjetividad de los actores dándole una identidad a la multitud a la que ya no caracteriza como “turba” o “plebe”. Por lo tanto, el apartado que dedica al cartismo ha supuesto para mí un gran estímulo a la hora de realizar mi propia tesis.

Por otra parte, *La Inglaterra victoriana* de Esteban Canales, ha sido igualmente una obra que me ha permitido obtener una gran síntesis de la Inglaterra del siglo XIX. En ella se explican de forma precisa la incidencia de la Revolución Industrial en la economía y cómo la sociedad británica actuó frente a ello, por lo que la revisión que hace sobre el cartismo me ha servido para abordar del tema desde el primer momento.

Estos han sido algunos de todos los autores –y sus respectivas obras– que me han servido para la realización de este TFG gracias a sus aportaciones acerca del siglo XVIII y, en especial, sobre el movimiento obrero y el cartismo. No obstante y como comentábamos al inicio de este apartado, la documentación es tan amplia en este sentido que realizar un estado de la cuestión resultaba francamente complicado aún para alguien que ya ha finalizado el Grado.



### 3. La Primera Revolución Industrial y sus consecuencias sociales.

Nos encontramos en un momento crucial de la Historia de la humanidad en el cual se presenciaron dos procesos revolucionarios que dieron el paso definitivo e irreversible para el final del Antiguo Régimen.

Estos cambios, de los que nació una nueva sociedad totalmente diferente a la anterior, arrancaron de lo que Hobsbawm denominó como la “doble revolución”<sup>3</sup>, es decir, la industrial en Inglaterra y la francesa. Tuvieron como principal consecuencia la imposibilidad de una vuelta atrás, entre otras cosas, porque aunque la Revolución Industrial apareció en territorio británico, no quedó circunscrita solamente allí, lo que obligó al resto del continente a emular el mismo proceso.

La Revolución Francesa, por su parte, asestó un golpe mortal al Antiguo Régimen al demostrar que otro sistema político diferente era posible. El hundimiento de la sociedad estamental dio paso a un nuevo tipo de sociedad basada en un principio de igualdad, cuando menos en lo jurídico (en agosto de 1789 se aprobaba la Declaración de los Derechos del Hombre).<sup>4</sup> Por otro lado, junto al principio de igualdad, se proclamó el de libertad, aplicado a todos los terrenos (político, económico...).

Por primera vez en la Historia, el pueblo francés desplazaba del poder a la aristocracia y a la monarquía absoluta, basada en el derecho divino de los monarcas. Ésta fue reemplazada por el modelo de la monarquía constitucional que se encontraba sometida a las leyes. Este paso, que fue un cambio revolucionario, no quedó solamente ahí; la evolución de la propia revolución demostró que incluso existían o podían existir otros modelos diferentes al monárquico.

Además, la soberanía ya no recaía en el monarca, sino en la nación, que no es otra cosa que un conjunto de ciudadanos iguales ante la ley. Por tanto, la soberanía nacional es lo que eliminó el derecho divino –sobre todo desde el 5 de agosto de 1789, cuando se abolió definitivamente el feudalismo–. Todo esto provocó una convulsión no sólo en el país vecino, sino en toda Europa, pues la revolución se exportó a través de las guerras que

---

<sup>3</sup> Eric HOBBSAWM: *La era de la Revolución. 1789 – 1848*, Barcelona, Crítica, 2011, pp. 7.

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 70.

Francia mantuvo con el resto de monarquías; sus principios fueron exportados por Napoleón, pero no los principios radicales jacobinos, sino más bien los fundamentales, los de 1789 y 1791 como la libertad, la igualdad (legislativa, judicial y fiscal), la propiedad, la soberanía nacional, la división de poderes o el sistema representativo. “Así pues, la Revolución Francesa está considerada como *la* revolución de su época (...), la más prominente.”<sup>5</sup>

En cuanto al caso británico, que es el que nos interesa, hablar de revolución industrial es sinónimo de crecimiento, de un aumento de la producción que vino de la mano de una serie de avances técnicos. Pero no fue sólo un proceso que conllevó al aumento de la producción y a la mejora técnica, fue también un fenómeno de mucha mayor complejidad, un conjunto de transformaciones no solo tecnológicas, sino igualmente y, sobre todo estructurales, que condujeron a un nuevo mundo que llevaba ya décadas asomando, al capitalismo industrial. La industrialización fue por todo ello hecho social más importante del XIX.<sup>6</sup>

Este proceso como tal, no tuvo una fecha de inicio concreta, sino que comenzó a desarrollarse en la segunda mitad del s. XVIII llegando su prolongación hasta 1830. El hecho de que sólo tuviese lugar en Inglaterra provocó que se generara una gran diferencia económica entre el continente y la isla, la cual, se distanció de forma considerable en la carrera tecnológica, lo que estimuló un gran recelo por parte de Francia. El impacto fue tan grande que obligó a los demás países a hacer frente a sus innovaciones; empresa nada sencilla puesto que Inglaterra cada vez controlaba más mercados y le hacía crecer más económicamente. La situación era vista por Europa como un desafío y una brutal amenaza por lo que intentaron imitar el proceso inglés. El primero fue Francia, luego Bélgica y tras ellos Alemania. Pero como decimos, en la segunda mitad del s. XVIII la Revolución Industrial fue un fenómeno estrictamente británico.

No podemos sin embargo hablar de la Revolución Industrial como un fenómeno abstracto, sino que debemos explicar el porqué, las causas que llevaron a su explosión. No hubo un único factor, intervinieron un gran número de ellos y todos con una

---

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 63.

<sup>6</sup> Esteban CANALES: *La Inglaterra victoriana*, Madrid, Akal, 1999, pp. 126.

importancia determinada., fueron una serie de cambios que se sincronizaron en un mismo tiempo y en un mismo lugar.

El papel que jugaron las manufacturas rurales y domésticas fue vital. Desde finales de la Edad Media, en los centros urbanos una parte de la población estaba empleada en la industria textil, sin embargo esos centros urbanos solo cubrían una parte de la demanda. El resto de la producción venía de las manufacturas textiles rurales.

En ese marco rural se fue introduciendo el trabajo a domicilio; el comerciante aportaba la materia prima y ellos la trabajaban en sus domicilios con unos medios de producción que eran de su propiedad. Una vez transformada, el comerciante la recogía y la comercializaba.

Paulatinamente este sistema fue evolucionando hasta llegar a lo que se ha denominado la industria rural doméstica; había ya un empresario trabajador a la vez propietario rural que tenía en su casa instrumentos de su propiedad. La diferencia con respecto a lo anterior residía en que ahora, junto a la familia habían aparecido una serie de personas que no pertenecían a ella: los obreros asalariados. Por lo tanto, tras este proceso, las relaciones capitalistas comenzaron a estar más claras; se empezaba a abrir paso a la brecha entre el asalariado y el empresario.

Esta forma de organizar el trabajo permitió grandes avances como el aumento del volumen de la producción, que fue positivo porque condujo al abaratamiento de los precios. Asimismo, convirtió zonas que eran solo agrarias también en manufactureras. Por lo tanto, el notable crecimiento de la producción fue resultado del cambio derivado de una nueva organización del trabajo que no conoció parangón en Europa ni por su precocidad, ni por su extensión.

Por otro lado, no podemos entender la revolución sin mencionar los cambios demográficos. La demografía británica (y también europea) experimentó un enorme crecimiento a lo largo del siglo XVIII. Las causas de este crecimiento se hallan, entre otras, en la reducción de las epidemias propias de la edades Media y Moderna, que se tradujeron en un considerable descenso de la mortalidad y paralelamente en un aumento de la natalidad. El descenso de la primera y el ascenso de la segunda, junto con otros factores, tuvieron que ver muy directamente con el desarrollo agrícola y los cambios relacionados en todo ese mundo.

De todos modos, tampoco podemos buscar la causa de la Revolución Industrial en la evolución demográfica porque no siempre un crecimiento poblacional ha conducido al inicio de la industrialización, por lo que la presión demográfica no bastaría para entender esa revolución, pero sí como acompañante de todo este proceso.

En cuanto a esas novedades que se desarrollaron en la agricultura, hemos de puntualizar que más que un cambio, fueron una auténtica transformación, la cual, tuvo lugar igualmente en esta segunda mitad del XVIII. Las innovaciones fueron no sólo cuantitativas, sino sobre todo cualitativas ya que se consiguió mejorar y aumentar considerablemente los rendimientos de la tierra. Todos estos cambios podríamos simplificarlos en dos bloques o líneas. Por una parte los técnicos, que condujeron al aumento cuantitativo de la producción (sustitución del barbecho por la práctica de cultivos rotativos, generalización del uso de abonos naturales de origen animal, incorporación de nuevos cultivos, innovaciones relacionadas con el utillaje de labranza); por otra, unos no menos importantes que afectaron a la propiedad de la tierra. Inglaterra, fue de nuevo pionera con respecto a Europa, cuyo proceso fue además más tardío y menos intenso.

A principios y mediados del siglo XVIII había un sistema de campos abiertos (*openfield*), tierras comunales que se explotaban por parte campesina teniendo acceso a su uso pero de los que no eran sus propietarios, sistema que no favorecía la productividad agrícola. Cuando a partir de 1770 comenzaron a ascender los precios del cereal, los especialistas llegaron a la conclusión de que había que aumentar la producción de la tierra porque población estaba creciendo y había que hacerle llegar alimentos para que subsistiera. Estaban seguros de que sólo había un camino: la sustitución de los campos abiertos para dar otra salida a esas tierras comunales y obtener un mayor aprovechamiento con el sistema de cercamiento; hecho que el Parlamento aprobó mediante una legislación dirigida a la eliminación de los derechos comunales. La fiebre de los cercamientos por tanto estuvo directamente relacionada con la necesidad de producción de granos.<sup>7</sup>

Con todo ello, la agricultura logró un notable incremento de la producción aunque como es de suponer, esta transformación originó un buen número de resistencias por parte

---

<sup>7</sup> Eric HOBSEBAWM y George RUDÉ: *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*, Madrid, Siglo XXI España Editores, 1978, pp. 28.

de aquellos campesinos que tradicionalmente venían cultivando y explotando unas tierras comunales que contribuían a asegurar su subsistencia.<sup>8</sup>

Por tanto, la industrialización tuvo como uno de sus primeros resultados el que se diese un auge permanente en la demanda de alimentos para las ciudades que no paraban de crecer. Por ejemplo, la población de Manchester se multiplicó por mil, pasando de los 25.000 habitantes que tenía a comienzos de la década de 1770 a casi un cuarto de millón cincuenta años después<sup>9</sup>, y es que de hecho, a lo largo del siglo XVIII y hasta las guerras napoleónicas, la población inglesa se multiplicó por dos. Consecuentemente, la criminalidad y la violencia aumentaron pero también reaparecieron grandes epidemias de enfermedades contagiosas.<sup>10</sup>

Asimismo deberíamos de tener en cuenta que la agricultura, al crecer, generó mayores ingresos, riqueza tanto nacional como personal para muchos propietarios y, buena parte de esos capitales, fueron a parar a la industria –aunque aquí es importante señalar que la agricultura cargó con casi todos los impuestos mientras que a los nuevos sectores industriales, los *factory system*, que estaban en proceso de nacimiento, no se les impuso ese yugo tributario tan potente, facilitando así su prominente auge–.

Pero no sólo el mundo agrario fue uno de los factores que llevó al surgir de la industrialización; el comercio exterior británico también jugó un papel destacado dentro de ese complejo proceso que comentábamos al principio del trabajo. Pero, ¿cómo el comercio contribuyó al arranque de la Revolución Industrial? La respuesta la vamos a tratar de responder en los siguientes párrafos girando en torno a una idea o factor principal: el proceso industrializador estuvo basado en una materia prima, el algodón, de la que Inglaterra carecía. Inglaterra no cultivaba algodón, por lo que se traía desde las colonias y es ahí, en ese preciso y trascendental detalle, donde está la razón concreta por la que debemos relacionar el comercio exterior y la revolución.

El comercio tropical, denominado como comercio triangular, va a marcar unos circuitos que trataremos de resumir a continuación. En primer lugar, Gran Bretaña había establecido relaciones comerciales con África (de la cual le interesaban varios productos,

---

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 30 – 32.

<sup>9</sup> Peter GORDON: “Robert Owen (1771 – 1858)”, *Perspectivas: revista trimestral de educación comparada*, París, UNESCO: Oficina Internacional de Educación, 1993, pp. 279.

<sup>10</sup> Eric HOBBSBAWM: *La era de la Revolución...*, pp. 207.

sobre todo los esclavos, el oro y el marfil y, a cambio de ellos, exportaba armas y alcohol). Los esclavos se llevaban de África a América donde eran intercambiados por otros bienes como el tabaco. El oro y el marfil eran llevados al lejano Oriente a cambio de diversos productos (especias, té, sedas, etc.). Estas mercancías tropicales obtenidas del comercio triangular eran a su vez reexportadas al continente europeo.

Sin embargo, a partir de la segunda mitad del XVIII este comercio basado en las reexportaciones fue cediendo paso a otro basado en producciones propias, en producciones manufactureras exclusivamente británicas. Esto lo tenemos que poner en relación con el desarrollo de la industria algodonera, la cual, dependió más que ninguna otra del comercio internacional. Estamos hablando de una industria que se convirtió en el motor industrial en base a una materia prima, que no se producía ni se podía obtener en la isla, sino a miles de kilómetros de distancia y con el océano atlántico de separación. “El comercio colonial había creado la industria del algodón.”<sup>11</sup> Todo este movimiento comercial generó ingresos económicos, un excedente económico que acabó contribuyendo a afianzar la propia expansión industrial, que a su vez llevó al crecimiento poblacional y de las ciudades consecuentemente.

La demanda algodonera se convirtió en una producción interclasista ya que podía ser consumido por altos sectores por su alta calidad pero también, por los sectores más pobres y desfavorecidos puesto que acababa resultando muy barato; encajaba tanto en un presupuesto acomodado como en una renta inferior. Pero la cuestión es preguntarse por qué se va a desarrollar la revolución dentro de un sector textil y asimismo, por qué dentro del sector algodonero y no en el lanero.

El sector lanero era uno de los más importantes de la producción británica, además de protegido por la clase política, ligada a los intereses de este sector. Lo que hizo que la situación diese un gran giro fue la prohibición de exportación de telas de la India. Esto vino promovido por el sector lanero a quien le interesaba protegerse de esa competencia de tejidos hindúes pero sin darse cuenta de que a su vez estaban dando alas a un enemigo interior.

La evolución del algodón que vino tras la prohibición de exportación de telas indias va a estar ligada asimismo a los progresos técnicos (que vamos a tratar de explicar

---

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 41.

en las siguientes líneas) que dieron lugar a una revolución que sin embargo, estuvo marcada en sus inicios por el desequilibrio entre la producción de hilos y de tejidos.

Ese desequilibrio del que hablamos es fácil de entender. Existían dos tipos de máquinas tradicionalmente: unas productoras de hilo y otras que producían finalmente los tejidos. Si había adelantos en los telares mejorando su productividad, no se obtenía hilo suficiente para ese telar más productivo. Por lo tanto, si esta situación se producía, ello obligaba o hacía necesario que las máquinas de hilo se mejorasen de igual forma y viceversa. Por lo tanto, ambas máquinas debían de ir de la mano en cuanto a progreso porque si no, una quedaba obsoleta. Y como es de imaginar, no siempre el progreso de ambas fue a la par.

De 1733 a 1785, el proceso de equiparación entre unas y otras máquinas no encontraba el ansiado objetivo. Por ejemplo, en la fase inicial, fueron los telares los que obligaron a hacer cambios en las máquinas de hilo porque los primeros eran más productivos que las segundas (en 1733 había aparecido el telar de lanzadera volante de la mano de John Kay). Tres décadas después, en 1764, las máquinas hiladoras dieron un gran paso con la introducción de *Jenny*, la cual, no producía un hilo de gran calidad, pero sí más cantidad. No obstante, el problema de la calidad se solventó en gran parte cuando en 1768 apareció la *water frame*, que producía mayor cantidad de hilo pero sobre todo, hacía un hilo mejor, más resistente. Y ya en 1779, se inventó una máquina que revolucionó el panorama: la *mule*. Su ventaja era que producía un hilo muy fino, tan fino como resistente y que nada tenía que envidiar a los procedentes de la India. La evolución y generalización de estos inventos hizo que la producción se desarrollase provocando de nuevo un desequilibrio pero esta vez en sentido contrario puesto que el telar de lanzadera volante se había quedado obsoleto. Finalmente, el reto de equilibrar uno y otro se dio cuando en 1785, se creó el hilado automático.

En resumen estamos ante un proceso de transformaciones técnicas muy dilatado temporalmente como podemos observar; fue una revolución, sí, aunque mucho más lenta de lo que podría parecer ya que abarcó gran parte de todo el XVIII.

Pero no sólo la industria del algodón vivió una transformación a lo largo del siglo XVIII y comienzos del XIX, también la siderúrgica. El punto de partida de tal sector no era el mejor. Desde mediados del XVIII se encontraba en una profunda crisis causada por

las fuentes de energía. El carbón vegetal se estaba quedando obsoleto por lo que fue sustituido por una fuente de energía más abundante y con mayor poder calorífico como era la hulla. Como resultado, se produjo la instalación de hornos de carbón de cobre a partir de 1760 a escala nacional que solventaban el problema forestal pero no el de la baja calidad del hierro inglés, hasta que Henry Cort inventó y patentó sobre 1780 un procedimiento que permitía tener un hierro de alta calidad y limpio de impurezas: el pudelaje.

Las consecuencias no se hicieron esperar y se empezaron a construir altos hornos. A lo largo del XVIII, la producción ascendió en 100.000 toneladas (En 1720 la producción era de 20.000 toneladas) y ya en 1850 se superaron las 2.5 millones de toneladas. Por lo tanto, se dio una aceleración notabilísima no sólo en el siglo XVIII, sino también XIX.<sup>12</sup>

Pero todos estos hechos que hemos comentado tuvieron una serie de consecuencias sociales. La Revolución Industrial fue un proceso que tuvo dos caras; por un lado la del crecimiento económico y por el otro, la contradicción entre el progreso y crecimiento económico y el bajo nivel de vida de los trabajadores. Estos vivían en barrios insalubres y en casas hacinadas, sobreexplotados con jornadas de más de 15 horas y, además, los niños y las mujeres eran obligados a trabajar en situaciones paupérrimas (gobierno e Iglesia defendieron, por ejemplo, la contratación de niños). Inglaterra había cambiado profundamente y “en lugar de la comunidad de aldea, había ahora cercados. En vez de la ayuda mutua y la obligación social, estaba ahora la Ley de Pobres (...). En vez de familia, el patronato o la costumbre, estaba ahora el nexo directo de los salarios, que ligaba a los desposeídos con el poseedor.”<sup>13</sup>

Todo ello, además de otros múltiples factores, conllevó a que la clase trabajadora tomase conciencia de su situación. Cuando el precio del alimento subía, se producían motines de subsistencia; la mayoría espontáneos, sin preparación y hasta la primera década del XIX, con escaso contenido político. Sin embargo, estos ataques operaban dentro de un consenso popular y formaban parte de la economía moral de los pobres.<sup>14</sup>

---

<sup>12</sup> Esteban CANALES: *La Inglaterra victoriana*, pp. 137.

<sup>13</sup> Eric HOBSBAWM y George RUDÉ: *Revolución industrial...*, pp. 38.

<sup>14</sup> Edward Palmer THOMPSON: *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995, pp. 216



Pero conforme se fue entrando en ese siglo decimonónico, los motines dejaron de ser sólo por el hambre y por el aumento de los precios del cereal y más por la situación laboral que el mundo trabajador industrial vivía. El jacobinismo, proveniente del panorama revolucionario francés, impregnó de nuevas esperanzas el mundo obrero dotándolo de un cuerpo y unos ideales por los que luchar. Por ello, en 1811 apareció el ludismo como un movimiento que, lejos de parecer desorganizado y sin rigor alguno, funcionó como elemento de transición entre las antiguas formas de protesta del siglo XVIII y las nuevas que iban a llegar en el XIX a través del sindicalismo (con la consolidación de las *unions* a partir de 1824) y del cartismo primeros, y del socialismo después. “La alternativa de la evasión o la derrota era la rebelión. La situación de los trabajadores pobres y especialmente del proletariado industrial que formaba su núcleo, era tal que la rebelión no solo fue posible, sino casi obligada.”<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> Eric HOBSEBAWM: *La era de la Revolución...*, pp. 210.

#### 4. La legislación sobre las asociaciones de trabajadores en el amanecer del siglo XIX: las *Combination Acts*.

A principios del XIX, ese ideal jacobino surgido de la Revolución Francesa una década antes se había extendido e impregnado por todas las comunidades obreras coincidiendo con el momento en el que las clases medias se alejaban de él. Los motivos de reivindicación por parte de los sectores trabajadores pasaron a tener un contenido más económico y laboral –a diferencia de los motines de subsistencia habidos hasta entonces, cuya caracterización como simples “revueltas del estómago” quedaría severamente cuestionada raíz de los estudios de E.P. Thompson<sup>16</sup>–. De hecho, antes de 1800, se conoce la existencia de unas 50 *unions*, las cuales, llevaron a cabo más de 300 conflictos mediante los que mantuvieron viva la resistencia ante los recortes o las innovaciones.<sup>17</sup> No obstante, tal y como relató Thompson en su obra magna, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, sería un error diferenciar la oposición política de la organización laboral antes de la primera mitad del siglo XIX.<sup>18</sup>

A medida que fueron apareciendo nuevas generaciones de sindicalistas, éstas estaban mucho más cercanas a posiciones más radicales debido a los conflictos que mantenían ya no sólo con los patronos, sino también con los magistrados y la Cámara de los Comunes, quien mantenía una posición de indiferencia en cuanto a sus problemas e incluso a veces también represiva.

La respuesta definitiva ante el contacto entre el jacobinismo y el sindicalismo ilegal que había actuado desde finales del XVIII llegaría de la mano de la promulgación de las leyes antiasociativas, las *Combination Acts* o *Combination Laws*, en 1799 y 1800. Un buen ejemplo de ello lo tenemos en Lancashire o Yorkshire, donde esta Ley de 1799 llevó a jacobinistas y tradeunionistas a formar una coalición secreta de gran tamaño con reivindicaciones tanto políticas como laborales. Los tradeunionistas aumentaron de forma masiva su número de adhesiones mediante trabajadores que se habían visto perjudicados por la nueva Ley (se estima unos 60.000 en Lancashire y 30.000 en Derbyshire)<sup>19</sup>. Así

---

<sup>16</sup> Edward Palmer THOMPSON: *Costumbres en común*, pp. 214

<sup>17</sup> Miguel ARTOLA y Manuel PÉREZ LEDESMA: *Contemporánea. La historia desde 1776*, Madrid, Alianza, 2005, pp. 153.

<sup>18</sup> Edward Palmer THOMPSON: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989, pp. 72.

<sup>19</sup> *Ibid.*, pp. 79.

pues, tenemos la paradoja de que el tradeunionismo durante los años en que estas Leyes estuvieron implantadas (hasta 1824 – 1825), registró sus avances más espectaculares. No sólo continuaron sus actividades (aunque siempre desde la sombra y el secretismo y bajo la represión que garantizaba la ley), sino que además la organización sindical llegó a muchos otros oficios que no abarcaba en los primeros tiempos. De hecho, tal y como aseguraron los Webb, los oficios de Londres “nunca estuvieron mejor organizados que entre 1800 y 1820”.<sup>20</sup>

En estas décadas las organizaciones desarrollaron sus propias bolsas de trabajo, cupones, beneficios, depósitos bancarios e incluso tablas de salarios oficiales aprobadas de forma común entre ellos; todo esto llevó a algunos historiadores a exponer que las leyes antiasociativas habían sido en realidad casi letra muerta. Sin embargo, para Thompson esta idea es tan inexacta como la de pensar que lo que hicieron las *Combination Acts* fue ilegalizar unos sindicatos que sí habían sido legales en el pasado, algo igualmente incorrecto puesto que nunca lo fueron. Por tanto, lo que logró la nueva legislación fue simplificar la anterior, tal y como vamos a explicar a continuación.<sup>21</sup>

Antes de la promulgación de las *Combination Acts* existían ya leyes que permitían la persecución de cualquier actividad tradeunionista. Sin embargo, la aprobación de estas nuevas fue llevada a cabo por un Parlamento de tendencia antijacobina y terrateniente con diversos objetivos. El primero de ellos era reforzar las medidas intimidatorias contra estas organizaciones y sus pretensiones de reformas políticas. Por otro lado, se buscaba crear una legislación antitradeunionista más simple y unificada ya que se prohibía cualquier tipo de *combination*, incluidas las asociaciones de los *masters* (patrones). Las leyes fueron aplicadas con mucha frecuencia; su acción represiva y función intimidatoria fueron omnipresentes.

No obstante, es importante aclarar también que existieron muchas razones por las que estas leyes no fueron utilizadas de forma tan tajante. Por un lado existía cierto grado de ambigüedad que permitía el desarrollo paulatino de la actividad sindical; por otro, los clubes de oficios actuaron como sociedades benéficas y no eran instigados durante largos

---

<sup>20</sup> Sidney WEBB y Beatrice WEBB: *Historia del sindicalismo, 1666-1920*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 1990, pp. 83.

<sup>21</sup> Edward Palmer THOMPSON: *La formación...*, pp. 81.

periodos de tiempo hasta que un conflicto o una huelga daban lugar a la acción represora de patronos y autoridades.

Asimismo hay que explicar que un considerable número de patronos mostraron reticencias antes de ejecutar la ley. La relación de cercanía que se mantenía en las pequeñas industrias artesanales hacía que sintiesen escrúpulos, o dudas al menos, antes de utilizarlas contra sus trabajadores puesto que las relaciones llegaban a ser muy informales, de carácter personal. Para estos patronos su negocio era un medio de vida razonable y no un medio de expansión o de búsqueda del máximo enriquecimiento. Por ello, dentro de esta tipología de oficios se pudieron desarrollar diversas actividades unionistas dentro de un marco de más o menos tolerancia aunque también es cierto que, si rebasaban los límites con una huelga o reivindicaciones demasiado agresivas, los trabajadores se exponían a ser entonces procesados por la ley. Por tanto, podemos decir que dentro de unas fronteras o límites, en un ámbito local o concreto, los sindicatos pudieron seguir llevando a cabo su actividad.

Sin embargo, bien es cierto que fuera de estos oficios artesanales el panorama era muy diferente y las condiciones mucho más severas. En las grandes fábricas y talleres, la coerción que sufrieron fue más rígida si bien tampoco se aplicaron siempre, puesto que los grandes patronos no podían permitirse perder reputación en un ambiente de máxima competitividad. Estos eran conscientes de que si los trabajadores se erigían en huelga, la producción podía retrasarse con respecto a sus competidores y que, en caso de aplicar las leyes, podían perder a algunos de sus mejores operarios en la cárcel. Por ello, muchos procesos que llevaron a cabo los patronos en contra de sus obreros y las actividades y reivindicaciones sindicales que realizaban, se produjeron bajo la legislación anterior, la cual, “penalizaba a los operarios que dejaran inacabado un trabajo”<sup>22</sup>; algo que lógicamente, ocurría con la huelga.

Estas matizaciones son muy importantes pero tampoco han de hacernos pensar que las autoridades tuvieron una actitud moderada frente al tradeunionismo. Al igual que tampoco debemos valorar la legislación antiasociativa por la cantidad de procesos llevados a cabo, sino más bien por la influencia que esta ley tuvo sobre las sociedades obreras ya que el poder de las clases dominantes logró asestar duros golpes a las

---

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 86.

organizaciones sindicales en un momento clave para su desarrollo doctrinal, cuando se encontraban en pleno proceso de consolidación.

Pero como comentábamos en líneas anteriores, en aquellas más de dos décadas que estuvo vigente la legislación, lugares como Londres gozaron de un elevado grado de organización tradeunionista dentro de esa semilegalidad que encontraron –hecho que llevó a las *unions* a actuar de forma secreta en incontables casos y a que se creara posteriormente una serie de leyendas románticas acerca de actos esotéricos basados en diversos ritos que rodeaban a cada organización–.

En cuanto a sus formas de actuación con aquellos que no perteneciesen a las *unions*, podemos destacar diferentes hechos. Por un lado, tal y como desvela Thompson, aquéllos que aceptasen trabajos por debajo de los precios establecidos por el sindicato sufrían un gran boicot por parte de sus compañeros. Los trabajadores ilegales por su parte, debían andar con cuidado ya que podían sufrir cualquier tipo de agresión cuando menos lo esperasen. El hecho de que las acciones más violentas fueran divulgadas por la prensa de manera sensacionalista propició que se extendiese la idea entre las clases medias y altas de que las organizaciones sindicales secretas eran de índole violenta.<sup>23</sup> El ludismo, del que nos ocuparemos en el epígrafe siguiente, fue, por ejemplo una ramificación de esta acción violenta ya desarrollada de forma amplia, aunque siempre controlada y dentro del marco de un código latente ni escrito ni hablado.

Esta violencia ocasional y la actuación en secreto de las *unions* avivaron la idea de que había que derogar las *Combination Acts*. Para algunos pensadores como el activista social y reformista inglés Francis Place, las leyes antiasociativas llevaban a quebrantar la ley a los unionistas y fomentaban las malas relaciones de los obreros con sus patrones.

Así pues, los sindicalistas se apoyaron en él, así como en Joseph Hume –parlamentario *tory* que gozaba de la confianza por parte de los ministros– para formar una campaña en torno a la derogación de la ley antiasociativa en la Cámara. Este hecho lo consiguieron en 1824 al aprobarse el *bill* que derogaba las *Combinations Acts* el cual, además, excluía a los tradeunionistas de ser juzgados por conspiración bajo el derecho penal común. El resultado, como es de imaginar, fue una ola de creación y organización

---

<sup>23</sup> *Ibid.*, pp. 97.

de sindicatos de oficios secundados por un gran número de huelgas que acabó en 1825 con un contraataque conjunto de los patronos y el gobierno.<sup>24</sup>

Hume y Place, de nuevo, aunaron fuerzas y “finalmente, el *bill* –enmienda de 1825– reforzó los anteriores textos legales punitivos hasta el punto de contemplar como delito casi cualquier forma de persuasión o intimidación contra los no-unionistas, pero sancionaba los elementos básicos conseguidos en 1824: el tradeunionismo y las huelgas ya no serían en adelante delitos.”<sup>25</sup>

Pese a lo comentado sobre Hume y Place, hemos de llevar a cabo alguna puntualización sobre ellos. Tal y como asegura Thompson, ambos eran grandes devotos de la economía política ortodoxa y por lo tanto habrían apoyado a todo aquello que atacara una legislación que frenaba la libertad de capital y de trabajo. Además de esto, no es nada cierto que Place llevase la campaña de apoyo a los unionistas completamente solo. De hecho, Gravener Henson fue siempre por delante de él e incluso en 1823 llegó a presentar un *bill* que fue rápidamente sabotado por Place y Hume para promocionar el suyo. Realmente, Place estaba convencido de que las leyes antiasociativas eran el motivo principal por el que existían ya no sólo las huelgas sino también el tradeunionismo, por lo que si se eliminaba tal legislación, consecuentemente desaparecerían las *unions*.<sup>26</sup>

No obstante, una gran parte de los tradeunionistas eran conocedores de lo ocurrido con el *bill* de Henson y conscientes de las verdaderas intenciones de Place y Hume; motivo por el cual, fueron siempre muy reservados a la hora de mostrarles apoyo sobre todo en las primeras fases. Cuando vieron que Place estaba totalmente entregado a la campaña le mostraron su respaldo no sin reservas y con poco entusiasmo, pero sabiendo que valía más tener ese respaldo que ninguno.

Por tanto, Place (y también Hume, aunque más en segundo plano) fue el principal valedor de la derogación pasando a la historia del movimiento sindical inglés. Realmente se hizo valedor de tal condecoro, pero no por ello hemos de negar o esconder que en realidad su propósito de derogar las leyes era para alcanzar su idea de buena economía política y no para servir al movimiento tradeunionista. Estos, los sindicalistas, supieron

---

<sup>24</sup> *Ibid.*, pp. 97.

<sup>25</sup> *Ibid.*, pp.100.

<sup>26</sup> *Ibid.*, pp. 102 – 103.

utilizarle como hombre de gran influencia y le mostraron un apoyo prudente y comedido para lograr su fin: la derogación de las *Combination Acts*.

El hecho de que el gobierno aprobase estas concesiones se debió también en gran parte a la mejora de la coyuntura económica y a la percepción de que la amenaza revolucionaria había pasado, a las que se sumó la constatación de la ineficacia de las leyes a la hora de impedir el sindicalismo y, en particular, sus manifestaciones violentas. La idea era que dando un poco más de espacio se podía conseguir encauzar a los trabajadores pero siempre limitando sus condiciones.

La derogación de las *Combination Acts* condujo, entre finales de la década de los años 20 y primer lustro de la de los 30 (1829 – 1834) a un aumento de la solidaridad sindical, llegándose a agrupar sectores diversos del mundo artesanal y fabril a la par que surgían violentas insurrecciones rurales. El resultado fue una oleada mayor que las anteriores en número, variedad y colaboracionismo. Una de las razones fue la cada vez mayor percepción por parte de las clases trabajadoras británicas de la explotación que sufrían, perteneciesen al sector que fuera.

Es aquí, en este momento cuando estas gentes comienzan a beber de las teorías de Robert Owen<sup>27</sup> y sus seguidores, quienes “consideraban al trabajo como fuente de toda riqueza y veían a los capitalistas e intermediarios como responsables de que el trabajador recibiese una remuneración menor del valor de lo que producía.”<sup>28</sup>

No obstante, el impacto del owenismo no fue tan importante como pudiera parecer a pesar de formular esa alternativa a la economía capitalista. Es importante señalar igualmente que la llegada de estas nuevas teorías (acogidas con mayor o menor fervor) no eliminaron las ideologías anteriores que situaban la desigualdad y explotación como principales reivindicaciones políticas. Sin embargo, todo este periodo de agitación simultánea tuvo unas limitaciones que radicaron en la coyuntura poco favorable y, sobre todo, en la falta de un programa de acción política.

“Los dos movimientos asociativos sindicales más importantes fueron la *National Association for the Protection of Labour* (NAPL) y la *Grand National Consolidated*

---

<sup>27</sup> Remitimos al epígrafe 6 de este Trabajo Final de Grado sobre su figura.

<sup>28</sup> Esteban CANALES: *La Inglaterra victoriana*, pp. 142.

*Trades Union* (GNCTU).”<sup>29</sup> La primera que llegó a los 60.000 miembros tuvo una vida corta (cae poco después de 1831). La GNCTU aparece en 1834 desapareciendo un año después tras la fallida huelga de los sastres de Londres.

Con todo, no podemos simplificar un periodo de tal agitación a tan sólo estos dos sindicatos pese a su innegable importancia. Fueron años en los que incrementaron los movimientos laborales y colaboracionistas incluso en el ámbito rural donde a su manera, llegó el sindicalismo. Un ejemplo es sin duda la revuelta encabezada por el Capitán Swing que tuvo lugar entre 1830 y 1831. Fue un movimiento insurreccional muy heterogéneo en cuanto a su *modus operandi* ya que se dio “la destrucción de trilladoras, incendios de cosechas y ataques contra los administradores.”<sup>30</sup>

Las revueltas comenzaron con la destrucción de máquinas en el este de Kent en verano de 1830 (la primera trilladora fue destruida en Lower Hardres la noche del 28 de agosto)<sup>31</sup>, y a principios de diciembre se había extendido por todo el sur y este de Inglaterra (de hecho, en la tercera semana de octubre más de 100 máquinas trilladoras habían sido destruidas sólo en el este de Kent).

La ira de los manifestantes venía como respuesta a tres hechos que consideraban como las principales fuentes y responsables de su miseria: el sistema de diezmo, la nueva Ley de Pobres y los agricultores arrendatarios que habían ido bajando progresivamente los salarios que a la par habían ido introduciendo maquinaria agrícola.<sup>32</sup> Si eran capturados, los manifestantes se enfrentaban a cargos de incendio, robo, disturbios, rotura de máquina y asalto; por lo que se enfrentaban a condenas de prisión, exilio y probablemente la ejecución.

Para historiadores como Hobsbawm y Rudé, estas revueltas fueron el resultado del empobrecimiento progresivo y el despojo de la mano de obra agrícola durante las décadas anteriores a 1830, momento en el que la situación estalló. Por lo tanto, el objetivo de los movimientos no fue revolucionario sino que su propósito inmediato fue económico.<sup>33</sup>

---

<sup>29</sup> *Ibid.*, pp. 142.

<sup>30</sup> *Ibid.*, pp. 143.

<sup>31</sup> Eric HOBSBAWM y George RUDÉ: *Revolución industrial...*, pp. 105.

<sup>32</sup> Esteban CANALES: *La Inglaterra victoriana*, pp. 143.

<sup>33</sup> Eric HOBSBAWM y George RUDÉ: *Revolución industrial...*, pp. 17.



El nombre que recibieron los motines, “los disturbios Swing”, derivó del seudónimo que a menudo se añadió a las cartas amenazantes enviadas a agricultores, magistrados y demás personalidades. En ellas aparecía la firma del ficticio Capitán Swing, quien fue considerado como la figura mítica del movimiento.

El final del movimiento fue tan cruento –19 ejecuciones, 644 encarcelamientos y 481 deportaciones–, que durante un tiempo frenó de algún modo el que surgiesen movilizaciones o insurrecciones de nuevo en el mundo agrario (salvo por pequeños y aislados episodios).<sup>34</sup>

Por lo que entre 1829 y 1834, el descontento se extendió por los diversos grupos de trabajadores, es decir, en el mundo fabril y urbano, en el agrícola y rural; todo ello debido a las pésimas condiciones laborales y la crisis que dio paso a un malestar generalizado. El resultado fue el surgir de un sentimiento de protección entre aquellos que vivían la misma realidad, cuyo apoyo fue directamente a parar a los sindicatos.

Autores como los Webb señalaron que hubo un cambio en la mentalidad de estas gentes; dejaron un poco de lado la defensa a ultranza de un oficio y aceptaron algunas políticas capitalistas. El discurso ya no era tan conflictivo como el de tiempos pasados, sino más conformista tal y como se puede ver en los periódicos de oficios, donde por ejemplo se hablaba de la nueva tecnología en un modo aprobatorio y un sindicalismo a tono con la economía predominante.

Cualquiera que fuese la situación del trabajador pobre, es indudable que todo el que pensara un poco en su escenario (es decir, que no aceptara los tormentos del pobre como parte de un destino inexorable y del eterno designio de las cosas) tenía que advertir que el trabajador era explotado y empobrecido por el rico, el cual prosperaba mientras el pobre lo era cada vez más. El mecanismo social de la sociedad capitalista era profundamente cruel, injusto e inhumano. Se llegó a la idea común de que el trabajador, que es quien creaba y producía la riqueza, no la disfrutaba; mientras que por el contrario los que no trabajaban eran los más ricos. La clase obrera cada vez tenía más sentido de pertenencia a un mismo grupo y a una misma identidad, por lo que proporcionó una respuesta al grito del hombre pobre.

---

<sup>34</sup> Esteban CANALES: *La Inglaterra victoriana*, pp. 143.

Lo verdaderamente nuevo del movimiento obrero de principios del XIX era la capacidad de conciencia de clase y la ambición que esto le proporcionó. No era el “pobre” el que se enfrentaba al “rico”; sino que una clase específica, la clase trabajadora (obreros, proletariado, etc.), se enfrentaba a otra formada por patronos y capitalistas. Apoyarse los unos en los otros era toda su vida. La solidaridad inquebrantable era su única arma. Una vez que adquirieron un leve aleteo de conciencia política, sus manifestaciones dejaron de ser simples erupciones ocasionales de un populacho exasperado que se extinguía rápidamente para convertirse en el rebullir de un ejército, en un frente común de todas las fuerzas y tendencias que representaban a los trabajadores pobres (principalmente urbanos), en una norma de vida.<sup>35</sup>

La siguiente fase y muestra de esta solidaridad entre los trabajadores que sufrían estas duras condiciones fue ya con el cartismo, donde confluyeron por un lado las ideas de los movimientos sindicales y las teorías políticas de tiempos pretéritos.

---

<sup>35</sup> Eric HOBSEBAWM: *La era de la Revolución*, pp. 217 – 218.

## 5. El ludismo: las presiones desde abajo.

Tal y como hemos concluido en el apartado anterior, la derogación de la ley antiasociativa se produjo porque por un lado no impidió el desarrollo tradeunionista y por otro porque la legislación prohibicionista no logró acallar protestas y acciones, en particular, algunas de carácter violento ligadas al ludismo.

Pero para hablar del ludismo, primero hemos de conocer el entorno industrial en el que se formó y donde surgió. Su periodo más notable de actuación fue de 1811 a 1817 y su acción se desarrolló principalmente en tres áreas: el West Riding (en Yorkshire, encabezado por tundidores o cortadores), el Lancashire (donde la actividad fue capitaneada sobre todo por tejedores del algodón y Manchester como punto neurálgico) y las Midlands (zona formada por Nottinghamshire, Derbyshire y Leicestershire y en el que los medieros fueron los que llevaron la voz cantante).

Tras la derogación de las leyes proteccionistas los grandes patronos procedieron a la introducción de maquinaria, lo que hizo que el ludismo emergiese con gran fuerza. Para los tundidores, quienes estaban viendo cómo las viejas tradiciones laborales estaban siendo suprimidas, Ned Ludd y su organización eran una especie de salvadores, de defensores de los antiguos y perdidos derechos:

“Nunca depondremos las armas hasta que la Cámara de los Comunes apruebe una ley que prohíba toda maquinaria que dañe a la comunidad y derogue la ley que hace ahorcar a los que destruyen. Pero mientras nuestra petición no sea atendida, lucharemos.”<sup>36</sup>

Pero, ¿qué fue lo que realmente dio lugar al ludismo? ¿Cuáles fueron las causas que propiciaron su aparición? Por un lado las guerras napoleónicas habían afectado a la economía británica hasta tal punto que las industrias del Midlands, Lancashire y Yorkshire se encontraban en un proceso de retroceso y estancamiento general. A ello, se sumaron las malas cosechas que condujeron directamente a un aumento de precio de las provisiones hasta llegar a unos niveles altísimos e incluso prohibitivos. Por tanto, de este segundo factor se desprende un elemento clave: el hambre; aunque si bien es cierto que el ludismo nada tuvo que ver con aquellos disturbios y levantamientos antiguos provocados por la carestía e imposibilidad de acceder a alimentos. Asimismo, tanto los

---

<sup>36</sup> Edward Palmer THOMPSON: *La formación...*, pp. 118.

hombres que organizaron como los que respaldaron el ludismo, distaban mucho de ser gentes sin atribuciones intelectuales puesto que algunos de ellos, habían leído a Adam Smith, tenían rentas suficientes para ser burgueses (algunos de ellos incluso disfrutaban del derecho a voto) y eran expertos en organización sindical. Pero además, el ludismo “surgió en el crucial momento del proceso de liquidación de la legislación paternalista y de imposición de la economía política *laissez faire*, en contra de la voluntad (...) del pueblo trabajador.”<sup>37</sup> En estos años por tanto iniciales del siglo XIX se estaba produciendo de una manera fugaz la desaparición de esa legislación paternalista nacida en los siglos XIV y XV donde existía un estado benevolente y con prescripciones morales para aquellos patronos o manufactureros sin escrúpulos. Los oficiales y artesanos contemplaban con estupefacción cómo les habían eliminado sus derechos constitucionales poco a poco. El ludismo por ende se debió a la conjunción de esos factores que hemos señalado.

Pero además de todo esto, no debemos caer en la tentación de considerar que los luditas sufrieron un aislamiento social sino más bien lo contrario. En diversas zonas como en las Midlands y West Riding fueron respaldados por la opinión pública ya que los grandes patronos levantaban una gran hostilidad entre aquellos que eran pequeños, mucho más numerosos al mismo tiempo. Las grandes y nuevas instalaciones algodoneras de estos grandes patronos eran casi prisiones de trabajo y explotación donde apenas se paraba unas pocas horas por la noche y donde los niños eran igualmente obligados a trabajar. Sabido esto, no es de extrañar que el ludismo fuera bien visto tanto por la sociedad obrera como por los pequeños *masters*. La comunidad entera contemplaba cómo su modo de vida tradicional estaba en peligro, que las máquinas eran sinónimo de la introducción del sistema de factoría y por consiguiente, la aniquilación de los medios de producción establecidos hasta entonces.

Todo esto puede chocarnos puesto que, como señala Thompson, “estamos tan acostumbrados a la idea de que fue necesaria, inevitable y progresiva la liberación de la actividad económica a primeros del siglo XIX (...), que hace falta un esfuerzo de imaginación para comprender que (...) [los que] amasaron sus fortunas por esos medios,

---

<sup>37</sup> *Ibid.*, pp. 137.

eran figuras contempladas (...) como elementos dedicados a prácticas inmorales o ilegales.”<sup>38</sup>

Desde esta perspectiva, cabe ver al ludismo como algo más que una simple reacción violenta sentimental contra un capitalismo sin limitaciones morales y que estaba destruyendo ese código paternalista muy arraigado en la tradición de la comunidad trabajadora. Fueron pues los primeros en ver y comprender cuáles iban a ser los efectos a corto plazo de tales cambios y funcionaron a modo de movimiento transicional entre la intención de volver a implantar las viejas costumbres y la legislación paternalista –que ya no iban a regresar– y el establecimiento de unos nuevos horizontes –como la implantación de un salario mínimo legal o el control laboral sobre mujeres y niños– que mejorasen su paupérrima situación. Es decir, funcionó como un movimiento que miró hacia atrás pero también hacia delante, conectando el pasado con el futuro y buscando un desarrollo industrial que estuviese regulado de forma ética y de acuerdo a las necesidades humanas. “Fueron la última expresión de tradición corporativa y gremial; pero, al mismo tiempo, figuraron también entre los primeros que lanzaron campañas de agitación que finalmente se traducirían en el movimiento por la jornada de 10 horas.”<sup>39</sup>

Pese a que el ludismo ha pasado a la memoria colectiva y popular como un asunto de obreros analfabetos que se opusieron mediante el uso de la violencia a la introducción de la maquinaria, el movimiento fue algo mucho más complejo y con una historia más extensa. Por aquellos años, era muy común que los trabajadores recurriesen a determinados actos violentos para defender aquellos hábitos laborales a los que estaban acostumbrados (como apoyar las huelgas o al movimiento sindical). Pero el ludismo no fue sólo eso, sino que resaltó por su elevado nivel de organización y porque surgió en un contexto político diferente a todo lo anterior.

Como ya hemos comentado al principio del apartado, su área de actuación tuvo lugar esencialmente en tres zonas concretas: Lancashire, donde el contenido político fue siempre enorme; Nottinghamshire, el más organizado y disciplinado; y Yorkshire, en donde de los objetivos laborales se pasó a reivindicar mayores peticiones.

---

<sup>38</sup> *Ibid.*, pp. 145 – 146.

<sup>39</sup> *Ibid.*, pp. 149.

Las primeras acciones luditas de gran importancia tuvieron lugar al norte de las Midlands, en la ciudad de Arnold (Nottinghamshire), en marzo de 1811 cuando alrededor de 60 telares dedicados a la producción de medias fueron destruidos. La acción fue aclamada por la muchedumbre y algo que debemos resaltar es que no hubo detenciones. Aunque los disturbios se extendieron hasta abril, no causaron un gran revuelo ni atención nacional (pese a que en total el número de telares destruidos ascendió a más de 200). No obstante, la situación cambió a partir de noviembre de ese mismo año cuando el ludismo apareció ya de manera más organizada. La destrucción de maquinaria ya no parecía venir de unos cuantos radicales e insurgentes movidos por la rabia, sino de cuadrillas con una gran disciplina y que se movían de un pueblo a otro durante la noche con gran rapidez. De Nottinghamshire la destrucción de máquinas se extendió asimismo por las regiones Derbyshire y Leicestershire hasta febrero de 1812. Durante esos meses, en noviembre, John Westley moría tras un intercambio de disparos entre un comerciante y los luditas que intentaban atacar su industria. Como consecuencia, destruyeron durante los siguientes tres días más de 60 máquinas medieras. A diferencia de los primeros asaltos donde los atacantes realizaban sus acciones sin apenas ocultarse, en estos iban bien camuflados y se comunicaban a través de códigos secretos para protegerse de las autoridades. Los luditas cada vez estaban mejor organizados e incluso llevaban a cabo recogidas de armas y recolectas de dinero.

Esta primera fase del ludismo finalizaría en febrero de 1812 debido esencialmente a tres motivos. El primero de ellos es que el ludismo había logrado un gran triunfo ya que muchos industriales habían mejorado las condiciones de salario de sus trabajadores. Otra razón es que el gobierno había tomado ya cartas en el asunto y movilizó a varios miles de soldados para proteger las máquinas –en total fueron alrededor de 12.000 soldados–. Y por último, el Parlamento acababa de aprobar el proyecto de ley que sentenciaba con pena de muerte la destrucción de máquinas<sup>40</sup>. Por tanto, a partir de febrero y marzo de 1812 la vía constitucionalista ludita cogió gran fuerza. Una vez debilitado el ludismo de Nottingham, se erigió con gran fuerza el de Yorkshire y Lancashire.

En Yorkshire el primer signo vino de la mano de los cortadores en enero de 1812 y tras ello, se fue poco a poco desarrollando hasta alcanzar el nivel del ludismo que se

---

<sup>40</sup> La ley *Destruction of Stocking Frames, etc. Act 1812*, fue presentada al Parlamento en febrero de 1812 y aprobada el 20 de marzo. Se estima que entre 60 y 70 luditas fueron ejecutados por esta ley hasta su derogación, el 1 de marzo de 1814.

había dado en Nottingham. En los ataques llevados a cabo contra las industrias nada era destruido salvo la maquinaria moderna. No obstante, la llama del ludismo en Yorkshire fue perdiendo fuerza al cabo de pocas semanas y entró en crisis a mediados de abril. Ante la vicisitud de frenar las acciones y aprovechar el éxito obtenido o destruir las pocas grandes factorías que quedaban, optaron por la segunda. De este modo, determinaron que el siguiente objetivo era la fábrica de William Cartwright, en Rawfolds, ataque que pasó a formar parte de la historia del ludismo. De unos 150 hombres dirigidos por el joven cortador George Mellor, dos fueron abatidos y abandonados allí mismo ya que sus compañeros se dieron en retirada. La historia pasó a ser leyenda dentro del mundo obrero, tanto para los patronos como para los trabajadores. El acontecimiento supuso un punto de inflexión, una reconciliación entre las clases propietarias y un mayor odio y oposición entre éstas y las trabajadoras. Hasta el ataque de Rawfolds (incluido éste), los luditas sólo habían tenido por objetivo la destrucción de maquinaria; Cartwright (perteneciente a la clase propietaria) y no ellos, había sido el primero en derramar sangre.

En abril y mayo, el ludismo era el foco de una tensión insurreccional que ya se había extendido por toda la nación debido a una crisis económica general derivada de la guerra y el bloqueo mutuo entre Francia y Gran Bretaña, la reducción del comercio americano y las sucesivas malas cosechas que habían hecho aumentar hasta límites prohibitivos los alimentos básicos.

En cuanto a Lancashire, el ludismo comenzó a aparecer entre febrero y marzo de 1812 aunque fue en el mes de abril cuando los acontecimientos sucedieron de una manera vertiginosa. El día 8 se produjeron una serie de altercados en la Bolsa de Manchester por motivos políticos. La razón residía en que el príncipe regente, el futuro Jorge IV, llevaba años mostrando su apoyo a los *whigs* –quienes buscaban reformas electorales y parlamentarias– e incluso se había mostrado proclive a la realización de una reforma política. Sin embargo, nada de eso ocurrió; las esperanzas populares de nuevo habían sido vapuladas. Consecuentemente, una gran muchedumbre en Manchester se concentró alrededor de la Bolsa para celebrar un mitin que desencadenó en un gran tumulto ese 8 de abril y que se alargó por más de dos semanas y a otras localidades con un incremento de la violencia a medida se iban desarrollando los acontecimientos. Fruto de todo esto, el día 20 del mismo mes, un telar mecánico fue atacado en Middleton por varios miles de personas; los defensores acabaron con la vida de cinco luditas e hirieron a 18 más. Al día siguiente, lejos de redimirse la multitud volvió de nuevo a la calle con más apoyos de

otros pueblos colindantes y prendieron fuego a la casa del patrono. Cuando apareció el ejército, los combates se encrudecieron hasta tal punto que siete personas murieron de nuevo y muchas más fueron heridas. Finalmente, más de 100 prisioneros fueron juzgados por Comisiones de los Tribunales Superiores de los cuales, 13 fueron condenados a diversos periodos de destierro y 8 a pena de muerte sólo en Lancaster. Esta sucesión de acontecimientos fueron los de mayor importancia dentro del ludismo de Lancashire en lo que se refiere a la destrucción de máquinas y es que de hecho, fue la acción ludita más importante a escala nacional si tenemos en cuenta sólo el número de víctimas.

Ni que decir tiene que durante todo este tiempo, el gobierno junto con el mando militar instauró un régimen de terror mediante detenciones arbitrarias, amenazas, registros, interrogatorios y violencia.

Pese a ello, a comienzos de verano el ludismo tocó techo y los signos de una posible insurrección a escala nacional empezaron a hacerse visibles. En muchas ciudades estallaron diversos tumultos por razones alimenticias, los mineros declararon la huelga y hubo marchas para que se bajasen los precios de diferentes alimentos. Dentro de este clima de agitación, hubo dos asesinatos que marcaron el momento: el patrono manufacturero William Horsfall y el primer ministro Spencer Perceval, en la Cámara de los Comunes. La alegría era palpable dentro de las clases obreras, el fervor insurreccional vivido por aquel entonces en Inglaterra no tenía precedentes, era algo sinigual; el príncipe regente era una figura lejana, apartada de la realidad de los trabajadores mientras que los magistrados y los dueños de las fábricas conocían su situación y, además, estaban al alcance de su mano. Sin embargo, el asesinato de un primer era una cosa y el asesinato a sangre fría de un hombre que pertenecía pese a todo a la misma comunidad, otra. Tras ello, aquellos que habían mantenido una actitud partidaria pero pasiva ante el ludismo se aferraron todavía más a la vía constitucionalista, abriendo una mayor brecha entre ambas posiciones dentro del movimiento.

La tensión fue en aumento y durante los últimos meses de 1812 la acción ludita en Nottingham volvió a acrecentar. Finalmente y durante dos años, los trabajadores dejaron de lado las acciones violentas para pasar al apoyo de su sindicato. Pero de nuevo, el ludismo emergió en verano de 1816 y hasta comienzos de 1817 con la misma gran



fuerza que en 1811.<sup>41</sup> Sin embargo, eran los últimos ataques de la historia del ludismo en las Midlands.

Durante estos años, el gobierno había sido tremendamente odiado por las clases trabajadoras pero también por gran parte de las clases medias. No obstante, las acciones punitivas gubernamentales fueron de carácter selectivo precisamente para evitar un mayor tormento por parte de la opinión pública. Por lo tanto, es importante puntualizar que a pesar de que los gobernantes de Gran Bretaña eran inclementes para con la clase trabajadora, nunca llegó a ser un estado-policía; el propósito era acabar con el ludismo a través de castigos con los que escarmentar y no crear una guerra abierta con la mayoría de la población.

Con todo, el gobierno no lo tuvo nada fácil. El ludismo se hizo muy fuerte en pequeños pueblos industriales en los que todo el mundo se conocía y compartía los mismos valores y costumbres. En unas comunidades donde la superstición estaba todavía ampliamente extendida, la ruptura de un juramento suponía terribles contradicciones morales debido a los severos castigos que comunidad podía e iba a imponerle. En las tres regiones de las que hemos hablado, encontramos un gran apoyo moral por parte de la comunidad hacia el ludismo, sus actores y sus acciones (a excepción del asesinato).

Respecto a los tipos de destrucción de máquinas, Hobsbawm aporta diversas ideas de las que podemos extraer varias conclusiones. Por un lado, la hostilidad contra la maquinaria nueva fue un medio normal de presión sobre los patronos para obtener concesiones. Era más bien un arma de negociación y nunca una hostilidad contra las máquinas en sí mismas; una técnica del sindicalismo en estas primeras fases de la Revolución Industrial. Fue por tanto, un útil recurso cuando se necesitaba ejercer presión sobre los *masters* por el cambio de los salarios o de las condiciones laborales.

Pero el historiador británico también define otro tipo de destrucción, centrada sobre todo en las máquinas que permitían ahorrar trabajo. En realidad, el trabajador no se interesó por el progreso y sí por el problema de evitar el paro o mantener su nivel de vida. Por esta razón, cualquier elemento que amenazase su bienestar y las relaciones sociales a las que estaba acostumbrado debía de ser destruido.

---

<sup>41</sup> De todos los ataques, el más sonoro fue el que se llevó a cabo contra las instalaciones de Heathcote y Boden en febrero de 1817 donde los daños fueron valorados por más de 6.000 libras.

Sobre la eficacia real de la destrucción de máquinas, Hobsbawm defiende que el motín junto con la negociación colectiva fueron tan eficaces como cualquier otro medio de presión sindical y mucho más seguramente que cualquier otro instrumento disponible antes de la era de los sindicatos nacionales. Su éxito por tanto, se debe medir por su habilidad para mantener unas condiciones estables contra el deseo de los patronos de reducirlos al nivel del hambre. La lucha fue efectivamente tan incansable como eficaz.<sup>42</sup> Terminaron por lo general con una victoria o compromiso aceptables ya que los motines siempre generaban en los patronos grandes reticencias.

En cuanto a las explicaciones que podríamos dar acerca del ludismo, una que lo interprete únicamente desde el punto de vista laboralista sería errónea e inconcreta, al igual que si se le considera simplemente como un movimiento insurreccional sería insuficiente. Durante los años en los que el ludismo desarrolló su actividad, tanto patronos como obreros entendían la relación que había entre la destrucción de una máquina y la sedición política ya que los que se enfrentaban a los patronos, militares y gobernantes no sólo eran determinados trabajadores para cada caso (como tejedores o medieros), sino que representaban a una amplia población perteneciente a una misma clase, a un mismo modo de vida.

Podemos, pues, explicar el ludismo como una forma tradeunionista de acción directa que se inició en Nottingham en 1811 y que fue respaldada por la clase trabajadora. Poco a poco, fue alejándose mediante sus actuaciones del marco de la ley hasta convertirse en un movimiento insurreccional. En Yorkshire, ya desde sus inicios en 1812, su carácter fue mucho más revolucionario que el que se estaba viviendo en las Midlands. La explicación podría estar en la desazón que causó el cambio de actitud del príncipe regente y la finalmente no formación de un gobierno reformador. En Lancashire cuesta encontrar un motivo que actuase como elemento aglutinador de los disturbios. Sin embargo, tampoco es difícil entender por qué surgió. En 1812 el pueblo tenía pocas libertades civiles y ninguna en el ámbito laboral. Además, la crisis económica había acentuado su ya complicado modo de vida y su pésima situación laboral. Por otro lado, el jacobinismo había entrado con gran fuerza en la zona gracias en parte a la emigración irlandesa. Y todo ello sumado a una región donde el tradeunionismo estaba

---

<sup>42</sup> Eric HOBBSAWM: *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1979, pp. 33.

profundamente arraigado en la vida de estas gentes. Con estas condiciones, lo sorprendente sería que no se hubiese producido una insurrección de carácter reaccionario. Los comités estuvieron siempre divididos en cuanto a si seguir un camino constitucionalista en favor de la reforma parlamentaria o acciones reaccionarias contra las máquinas. Conforme fueron sucediéndose los meses de 1812, el ludismo de tipo revolucionario fue ganando partida.

Ahora bien, tal y como hemos explicado, los contactos entre unas y otras zonas fueron un hecho constante y es algo innegable, pero nunca fue un movimiento con centro nacional o una dirección fija y común para todos los actores que en él participaban. Lo que les unía era el objetivo compartido de cambiar su paupérrima situación social y laboral además del sentimiento simultáneo de derrocar por fin a un gobierno tirano, un gobierno enemigo. Tal y como dijo William Cobbett, el ludismo fue “un movimiento del propio pueblo.”<sup>43</sup>

Por tanto y a modo de conclusión, el ludismo podría ser visto en cierto modo como una revuelta campesina pero llevada a cabo por obreros industriales que en lugar de atacar castillos tenían como objetivo las máquinas y las fábricas donde éstas se encontraban. Reaccionaron tras varias décadas de prohibición de reuniones públicas y de letra impresa; no podían confiar en el gobierno ni en ninguna organización de escala nacional por lo que el ludismo se hizo fuerte sobre todo en las comunidades locales desde donde demandaron acciones laborales inmediatas. Los métodos que usaron eran los apropiados para un tiempo en los que la industria se encontraba principalmente establecida en las aldeas y suburbios de pequeñas ciudades. Con el paso de los años, fueron adquiriendo conciencia de pertenencia a un mismo grupo y los objetivos se volvieron más ambiciosos.

Pero desde otro punto de vista, el ludismo podría considerarse como una transición; no sólo fue un movimiento que surgió ante una situación de pobreza y explotación terribles, sino que también tuvo una gran madurez, disciplina y control (tal y como demostraron sus acciones en Nottingham y Yorkshire). Por ello, podemos verlo como la manifestación de una cultura obrera deseosa de lograr mayor independencia. Una cultura mucho más compleja que la existente en el siglo XVIII gracias al tradeunionismo

---

<sup>43</sup> George Douglas Howard COLE: *La vida de William Cobbett*, cit., por Edward Palmer THOMPSON: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, pp. 149.

que desde la ilegalidad que le brindaron las *Combinations Acts*, mejoró su organización, ganó experiencia y adquirió una gran conciencia política, aunque su acción siempre se vio cohibida y contenida por esas leyes de 1800. El ludismo fue una manifestación brutal y abierta de ese caldo de cultivo sindical que llevaba una década bajo la llave la legislación antiasociativa.

## 6. Robert Owen: ¿un socialista utópico?

Robert Owen nació en 1771 en Newtown, Gales. Su educación, pese a que fue muy modesta, no le impidió alcanzar un puesto destacado en el mundo industrial gracias a su sentido de los negocios y su inteligencia. A finales de la década de 1780 se instaló en Manchester y a los 18 años de edad ya se estableció por cuenta propia.

Después de vivir ocho años en Manchester, donde se hizo rico y acumuló gran experiencia, en 1799 se encargó de la gestión de New Lanark, cuyas hilaturas eran las más grandes de Escocia. Owen estaba decidido a establecer un régimen más humano que facilitase un cambio en el carácter y la dignidad de los trabajadores de la fábrica. Quería hacer de New Lanark una comunidad mejor gobernada y organizada bajo sus ideales; deseaba llevar a cabo un experimento de vida social. Para ello, ningún niño de menos de diez años fue empleado en las fábricas; se suprimió el aprendizaje de los hijos de los pobres y las condiciones en la fábrica mejoraron considerablemente. La consecuencia de todo ello fue un gran éxito comercial.

Durante los primeros diez años que pasó en New Lanark, se ocupó en encontrar los medios para alcanzar su ansiado fin: aliviar la miseria y formar a los empleados para hacerlos más felices y prósperos. “Es así como Owen plantea —a partir de la creencia de que el carácter puede ser dado a cualquier comunidad a través de los medios adecuados, y bajo el supuesto de que depende de la formación de aquél “el nivel” de bienestar que experimentan los miembros de cualquier comunidad— que el modelo más perfecto de sociedad, donde hombres, mujeres y niños pueden vivir en las mejores circunstancias, es aquel donde el mayor grado de felicidad es alcanzado por cada uno de los individuos y por la comunidad en su conjunto.”<sup>44</sup> Por tanto, “para Owen el principal fin de la sociedad, y el sentido de las relaciones humanas, consiste en otorgar la máxima cantidad de felicidad al mayor número de personas”<sup>45</sup>; idea clave si queremos entender su filosofía y todo lo que llevó a cabo a lo largo de su vida.

Con esta finalidad, defendió el uso de mejores sistemas de estudio; su visión de un programa de educación para los pobres y las clases trabajadoras se basaba en la

---

<sup>44</sup> María LANFRANCO: *La teoría sobre la naturaleza del hombre y la sociedad en el pensamiento de Robert Owen como base del socialismo británico (1813-1816)*, Tesis doctoral, Universidad Católica de Valparaíso (Chile), 2012, pp. 226.

<sup>45</sup> *Ibid.*, pp. 227.

doctrina de que “el Estado que posea el mejor sistema nacional de educación será el mejor gobernado”.<sup>46</sup> Si bien algunas de sus ideas sobre educación fueron en ocasiones subjetivas e incluso muy atrevidas para aquellos tiempos, sus planteamientos realmente eran acertados y previsores. Aunque es cierto que la influencia de Owen en New Lanark y la de sus discípulos condujeron a un clima propicio para el fomento de la educación infantil, no hubo en ningún momento un gran entusiasmo por introducir este sistema a nivel nacional.<sup>47</sup>

Pero la miseria económica y social que siguió a las guerras napoleónicas supuso un nuevo estímulo para la acción. En su discurso *Address to the working classes* de 1819, reiteró su idea de establecer una aldea agrícola (que él mismo se encargaría de dirigir, que sería autosuficiente y basada en principios comunitarios). La formación y la educación, insistía Owen, debían estar íntimamente conectadas con la oferta de trabajo en la aldea.<sup>48</sup>

Las aldeas cooperativas, como él las llamaba, iban a estar basadas en el principio de la unidad de trabajo, gasto y propiedad además de la igualdad de privilegios. La agricultura tendría preeminencia sobre la industria –se trataba esencialmente de una “cultura bucólica”– y se acabaría con los males de la división del trabajo.

Owen, que conocía desde 1815 la existencia de los armonistas en EE.UU. (quienes ya utilizaban el principio de compartir el trabajo y el gasto) y consciente de las posibilidades que se ofrecían a él, en abril de 1825 compró la aldea y la tierra. Owen pronunció un discurso en Washington, donde entre el público figuraba el Presidente del país, John Quincy Adams, y varios miembros del Congreso. Tras ello, la gente se comenzó a acudir con gran fuerza a *Harmony*, llamada ahora *New Harmony*, desde todos los puntos del país. Tal fue la fama del proyecto que en las primeras semanas llegaron unas 800 personas.

Sin embargo, las diez comunidades que dejó en julio de 1827 no prosperaron como se esperaba y a su regreso a Estados Unidos en abril de 1828, Owen admitió que el experimento había fracasado. Además, había perdido mucho dinero por culpa de

---

<sup>46</sup> Peter GORDON: “Robert Owen (1771 – 1858)”, pp. 282.

<sup>47</sup> *Ibid.*, pp. 287.

<sup>48</sup> *Ibid.*, pp. 287.

especuladores poco escrupulosos, y las comunidades filiales dejaron de existir a los pocos años.

Si bien como ejemplo de socialismo práctico el experimento fue un fracaso, durante más de una generación *New Harmony* fue el centro de un gran interés social y educativo. Hubo otros intentos de crear escuelas socialistas, además de los de las sociedades cooperativas. A mediados del decenio de 1830, se habían creado en Londres por lo menos tres de estas escuelas; y también en otros centros industriales como Lancashire, Yorkshire o Nottinghamshire. Si bien el owenismo, o “cooperativismo”, ganó rápidamente terreno en el decenio de 1820, estos movimientos seguían siendo desconocidos por la mayoría de los trabajadores hasta el decenio siguiente.

A medida que el sindicalismo empezó a extenderse por todo el país en respuesta a las injusticias económicas, las ideas utópicas de Owen iban siendo adoptadas por los sindicalistas y en 1833, era el líder reconocido del movimiento sindical.

Después de 1816 empezó a perder su influencia sobre las clases medias, y este proceso se hizo aún más evidente al término del experimento de *New Harmony*. “Como señaló Thompson, Owen no tuvo en cuenta las realidades del poder político, en la creencia de que el socialismo cooperativo acabaría desplazando simplemente al capitalismo mediante el ejemplo y la educación.”<sup>49</sup>

No obstante, ejerció una poderosa influencia sobre las masas trabajadoras, y durante un breve periodo fue su líder. El movimiento cooperativo le debe mucho puesto que inspiró a diversos pensadores que acabaron formulando de un modo más científico el socialismo owenista. Las comunidades de Owen, basadas en la cooperación y la solidaridad humanas y con la escuela como base, fueron imitadas en otras partes del mundo. Los cartistas, que adoptaron un enfoque más político que el de Owen, siguieron sin embargo la misma tradición en lo referido a las cuestiones educativas, sobre todo en lo relativo a la educación de adultos. Como escribió Frank Podmore: “Vio cosas que estaban ocultas para sus contemporáneos, y que quizás nosotros no hemos descubierto aún del todo. Cuando las generaciones futuras dicten un juicio imparcial sobre el hombre

---

<sup>49</sup> *Ibid.*, pp. 292.

y las fuerzas del progreso en el siglo XIX, habrá que reservar un lugar para Robert Owen entre aquellos cuyos sueños han contribuido a reformar el mundo”.<sup>50</sup>

---

<sup>50</sup> Frank PODMORE: *Robert Owen: a biography*, Londres, George Alenn & Uriwin, 1906, cit. en Peter GORDON: “Robert Owen (1771 – 1858)”, pp. 292.



## 7. El cartismo.

La década de 1830 comenzaba con la continuidad de la presión por parte de las clases bajas que mantenían viva la esencia y el ambiente del radicalismo político de las décadas anteriores. La Ley de Reforma de 1832, *Representation of the People Act 1832*, (también *Reform Act 1832* o *Great Reform Act*), fue admitida tras años en los que la necesidad de cambios era apremiante. Con su aprobación se buscaban medidas efectivas para corregir los diversos abusos que habían persistido durante mucho tiempo en la elección de los miembros que estaban en la Cámara de los Comunes. La ley concedía bancas en tal cámara a las grandes localidades que habían surgido durante la Revolución Industrial. Por el contrario, le restaba bancas a los "*rotten boroughs*", ciudades despobladas que sin embargo seguían teniendo su representación de origen medieval. La ley además, aumentó el número de personas habilitadas para votar, ensanchando la masa electoral desde unas 500.000 a 800.000, por lo que uno de cada seis hombres adultos tenía derecho a voto en una población que rondaba los 14 millones de personas.

Las cinco elecciones generales que hubo entre 1830 y 1837, tres de ellas ya con la nueva legislación, ayudaron a que la política llegase a los sectores populares o, mejor dicho, la acercaron un poco más. No obstante, los *whigs* habían fracasado en su misión conseguir el sufragio universal de una vez por todas para los obreros. Esta nueva ley suponía realmente un gran cambio y avance dentro del sistema electoral de Inglaterra y Gales de por aquél entonces, pero como decimos no era suficiente para la clase obrera, que ansiaba el derecho a voto de forma total, sin restricciones.<sup>51</sup>

“Limited change had been achieved but for many it did not go far enough. The property qualifications meant that the majority of working men still could not vote. But it had been proved that change was possible and over the next decades the call for further parliamentary reform continued.”<sup>52</sup>

Asimismo, durante este periodo de tiempo, la prensa jugó un papel fundamental como instrumento aglutinador y agitador para las clases trabajadoras; a pesar de haber tenido desde 1819 un alto impuesto –establecido por el gobierno para dificultar la expansión de la prensa de carácter popular–, la circulación y difusión de publicaciones

---

<sup>51</sup> Esteban CANALES: *La Inglaterra victoriana*, pp. 144 – 145.

<sup>52</sup> Parliament of UNITED KINGDOM: "The Reform Acts and representative democracy", *Living Heritage*, (2017).

obreros había aumentado de forma considerable, casi imparable. En 1836, con la reducción del impuesto (aunque con un aumento de la vigilancia), se propagó todavía más la prensa radical y en 1837 aparecía el *Northern Star*, pieza angular del cartismo.

“The first issue of the Northern Star appeared on the 18 November 1837. Over the next fifteen years the paper played a crucial role in cohering Chartism as a mass radical movement and ensured that its proprietor, Feargus O’Connor, became one of its most recognizable leaders. It also became one of the most successful newspapers of the early nineteenth century, with a regular circulation of 80,000 copies a week in 1839.”<sup>53</sup>

### 7.1. El cartismo. Reivindicaciones en comanda: el mundo de los trabajadores y la pequeña burguesía radical.

El cartismo nacía como resultado de la unión de dos organizaciones: la *London Working Men’s Association* (que englobaba sobre todo al artesanado londinense y que además tenía contactos y relaciones con algunos de los parlamentarios radicales); y la *Birmingham Political Union* (una asociación de carácter interclasista que reivindicaba el sufragio universal además de la presentación al Parlamento de una petición nacional para la consecución de una gran reforma).

El 7 de junio de 1837 en el British Coffee House de Londres, La *Working Men’s Association* elaboró una Carta del Pueblo basada en 6 puntos:

- I. Manhood suffrage (Sufragio universal).
- II. Annual parliaments (Parlamento anual).
- III. Vote by ballot (Voto secreto).
- IV. Abolition of property qualification for seats in Parliament (Abolición de los requisitos de propiedad para ser elegido).
- V. Payment of members of Parliament (Pago a los miembros del Parlamento).

---

<sup>53</sup> Ncse of KING’S COLLEGE LONDON: “The Northern Star (1837 – 1852)”, *The Nineteenth-Century Serials Edition*, (2017).

VI. Division of the country into equal electoral districts (Distritos electorales iguales).<sup>54</sup>

Tanto estas dos asociaciones como sus peticiones surgían en un momento delicado políticamente hablando y de gran sensibilidad sindical, lo que facilitó su expansión y consolidación. Tras un multitudinario discurso en Glasgow en 1838, se unieron los seis puntos junto con la petición nacional (formalizado posteriormente en Birmingham). Con esta carta, la *Working Men's Association* daba lugar al primer movimiento del mundo apoyado por un gran número de masa social que reivindicaba el sufragio universal masculino.<sup>55</sup>

La historiografía coetánea había presentado al cartismo como un movimiento con poca relación con el sindicalismo. Sin embargo, los Webb propusieron ya a comienzos del XX que el cartismo sí fue parte integrante del tradeunionismo y que de hecho, algunos de los seguidores cartistas más acérrimos provenían del sindicalismo.<sup>56</sup> Donde sí hay consenso entre los historiadores es en que la mayoría de los defensores del cartismo eran trabajadores de oficios viejos y deprimidos como sastrería, zapatería, tejido manual, etc., mientras que el apoyo de los trabajadores mecánicos y fabriles fue más complejo.<sup>57</sup>

La década en la que llevó a cabo su actuación, de 1838 a 1848, ocupó gran parte de los asuntos internos de los primeros diez años de reinado de la reina Victoria. Marcó un antes y un después dentro de la clase obrera puesto que fue el primer movimiento independiente.

Para Esteban Canales, “fue el más importante movimiento organizado de los trabajadores británicos durante el siglo XIX. Recogió el descontento extendido entre sectores populares y radicales de clase media y tuvo como objetivo aglutinante la consecución de la aprobación de la Carta del Pueblo. El cartismo presentó un carácter ambivalente: era un movimiento de protesta originado por los problemas económicos y sociales de Gran Bretaña en las décadas de 1830 y 1840, aunque también era un movimiento político con un específico programa de reforma radical. Pero los objetivos

---

<sup>54</sup> Edward D. JONES: *Chartism: A chapter in English industrial history*, Wisconsin, University of Wisconsin, 1898, pp. 519.

<sup>55</sup> John RULE: *Clase obrera e industrialización. Historia de la revolución industrial británica, 1750 – 1850*, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 475.

<sup>56</sup> Sidney WEBB y Beatrice WEBB: *Historia del sindicalismo...*, pp. 175.

<sup>57</sup> John RULE: *Clase obrera e industrialización...*, pp. 476.

de la Carta (las seis reivindicaciones que planteaban la reforma y democratización de la vida política) fueron entendidos por muchos de los cartistas como instrumento de transformación social.”<sup>58</sup>

El movimiento estuvo ampliamente apoyado ya desde sus comienzos por la clase obrera. En ciudades como Londres o Birmingham, el entusiasmo a favor de la Carta provenía de la decepción que había suscitado el *Reform Act*. La Carta por tanto suponía un nuevo estímulo para estas gentes, una nueva etapa de lucha política para reestablecer antiguos derechos y reclamar otros nuevos. No sólo era un fin, era también un medio con el que lograr mejores salarios, reducir la jornada laboral, disminuir los precios de los alimentos y eliminar de una vez por todas el hambre (o lo que en la época se denominó como “cuestión de estómago”).

Sin embargo, ya desde sus inicios el cartismo estuvo caracterizado por una gran heterogeneidad social; por un lado tenía integrantes cuyos objetivos se encontraban anclados en el pasado y por otro, había defensores cuyas miradas eran lanzadas con una mayor perspectiva y esperanza de un futuro mejor. Entre los que echaban su vista a tiempos predecesores estaban los obreros de las industrias domésticas de las Midlands, a quienes el nuevo sistema industrial los había conducido a una mayor pobreza. Los que preferían centrarse en el futuro eran aquellos trabajadores de las nuevas zonas industriales como los de Lancashire o Escocia. Para ellos, las nuevas máquinas no eran algo tan subversivo como para los primeros e incluso, habían llegado a aceptarlas. Su objetivo era la búsqueda de soluciones a los problemas laborales a través de los gremios y las asociaciones obreras y cada vez menos proclives a los antiguos métodos de acción violenta –o “justicia natural”–.<sup>59</sup>

Lógicamente, si la diversidad o heterogeneidad del cartismo se encontraba entre los defensores e integrantes del movimiento, también estaba presente entre sus dirigentes. Tenemos, por ejemplo, radicales antiguos como W. Lovett en Londres, *tories* como R. Oastler, tradeunionistas del tipo de P. McDouall. También jacobinos como J. O’Brien, y socialistas representados por E. Jones (quien mantenía relación con Karl Marx) y el carismático F. O’Connor –a quien George Rudé tilda de impredecible pero de quien

---

<sup>58</sup> Esteban CANALES: *La Inglaterra victoriana*, pp. 144.

<sup>59</sup> George RUDÉ: *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra. 1730 - 1848*, Madrid, Siglo XXI, 1979, pp. 186.

también dice poseía unas respuestas más amplias y profundas que el resto de sus colegas—. <sup>60</sup> Toda esta pluralidad de corrientes que a la larga supuso un problema para el cartismo por la falta de cohesión que originó, fue también positiva a la hora de convertirlo en un movimiento de carácter nacional.

Por todo ello, el cartismo aglutinó un gran y variado contingente de apoyos; gente que ansiaba el derecho a voto, otros que anhelaban un mejor salario y jornadas de menos horas, el fin de la Nueva Ley de pobres, etc. Era lógico que llegase pues a diferentes niveles sociales y tuviese manifestaciones tanto nacionales como locales. Las diferencias en los comienzos les unían y hacían llegar el movimiento a más población por lo que les hacía más fuertes; pero también produjo que desde el principio apareciesen discrepancias. Una de las primeras fue si para lograr sus objetivos –la imposición de los Seis Puntos de la Carta a un Parlamento contrario y poco sensible a la misma–, debía emplearse la “fuerza física” o la “fuerza moral”. La primera era defendida por O’Connor mientras que de la segunda era partidario Lovett, tal y como nos indica el profesor de la Universidad de Birmingham, Stephen Roberts, en su artículo sobre el cartismo en un trabajo para la BBC:

“For Lovett, peaceful persuasion by respectable working men ‘moral force’ was the best way to win the Charter. This strategy clashed with that of Feargus O’Connor. Self-confident and energetic, O’Connor was a charismatic demagogue, who used mass meetings and the widely read ‘Northern Star’ to unite the forces of the working class behind him. His popularity was immense; The Chartists named their children after him and he himself was known as the ‘Lion of Freedom’. O’Connor may have implied support for ‘physical force’, but only a very small number of Chartists were genuine insurrectionists.”<sup>61</sup>

El principio de la campaña fue la recolección de firmas en minas, talleres, fábricas, reuniones organizadas en lugares públicos para que la Petición pudiese ser presentada a la Cámara de los Comunes. La primera Petición, emitida en Birmingham en 1838, había logrado en el verano de 1839 una cifra cercana a 1.280.000 firmas. El resultado sin embargo fue el de la rotunda negativa de la Cámara.<sup>62</sup>

---

<sup>60</sup> *Ibid.*, pp. 186.

<sup>61</sup> Stephen ROBERTS: “The Chartist Movement, 1838 – 1848”, *History*, BBC, (2011).

<sup>62</sup> Esteban CANALES: *La Inglaterra victoriana*, pp. 146.

El proceso volvió a repetirse dos veces más, en 1842 y 1848, pero antes de ello, los cartistas fundaron primero en julio de 1840 en Mánchester la *National Charter Association* (NCA o la Asociación Nacional de la Carta) para reunir a las organizaciones locales. En agosto de 1841, llegaron de nuevo al poder los *tories* de la mano de Robert Peel y la NCA comenzó a su vez a preparar la segunda petición para ver saber cuál iba a ser la actitud del nuevo gobierno. En aquel momento, la Asociación contaba con más de 48.000 miembros.

Esta Segunda Petición fue firmada por 3.317.702<sup>63</sup> personas, una cifra elevadísima y, por supuesto, muy superior a la de los votantes de todo el país. El Parlamento, de nuevo, se negó de forma lacónica. El periodo de tiempo que transcurre hasta 1848 estuvo marcado por las divisiones internas en torno a cuáles debían ser las tácticas a utilizar para conseguir sacar adelante la Carta del Pueblo dado que las dos tentativas anteriores, en las que se había usado la vía pacífica (la recogida de firmas), no habían dado fruto. De tal manera que parecía que el cartismo perdía pulso. Pero la crisis económica del 48 y la noticia de los movimientos revolucionarios que habían estallado en Francia en febrero de ese año, y que rápidamente se extenderían por buena parte de la Europa continental, volvieron a avivarlo.

El 10 de abril se convocó una impresionante manifestación en Kennington Common, Londres, a la par que era presentada la Tercera Petición. Los cartistas mostraron que habían recogido cinco millones y medio de firmas, pero los miembros del Parlamento apenas contabilizaron dos. A pesar de que la marcha se desarrolló de una forma calmada y pacífica, el gobierno extendió unos 170.000 policías especiales y una fuerza militar a cargo del duque de Wellington que desembocó finalmente en disturbios y levantamientos por toda la ciudad. Tras el fracaso de esta tercera movilización, el movimiento dejó de tener la importancia que había tenido anteriormente; era el final del cartismo como movimiento nacional.

## 7.2. Cartismo: tácticas más allá de las peticiones al Parlamento.

No obstante y como apunta Rudé, las campañas en favor de la Carta sólo fueron un aspecto del cartismo, pero ni el único ni el más significativo. Por ejemplo, para el

---

<sup>63</sup> George RUDÉ: *La multitud en la historia...*, pp. 187.

historiador británico fueron muy importantes el gran número de huelgas, revueltas, levantamientos y manifestaciones populares que dieron cohesión a sus seguidores, y por ende, al mundo obrero. Estos movimientos insurreccionales además no siempre fueron de la mano de la presentación de las peticiones al Parlamento, sino que en ocasiones las precedieron y en otras las siguieron. De hecho, al igual que hay tres peticiones, también podríamos enumerar como tres los momentos de mayor fervor cartista.<sup>64</sup>

El primero de ellos dio comienzo en la primavera de 1837 y acabó en enero de 1840. El movimiento lo comenzaron los manufactureros del norte quienes se oponían a la Ley de Pobres de 1834, la cual, había modificado los antiguos hábitos a los que la sociedad pobre estaba acostumbrada. Así nos lo explican las siguientes líneas de un artículo de la BBC:

“The Poor Law was the way that the poor were helped in 1815. The law said that each parish had to look after its own poor. If you were unable to work then you were given some money to help you survive. However, the cost of the Poor Law was increasing every year. By 1830 it cost about £7 million and criticism of the law was mounting. In 1834 the Poor Law Amendment Act was passed by Parliament. This was designed to reduce the cost of looking after the poor as it stopped money going to poor people except in exceptional circumstances. Now if people wanted help they had to go into a workhouse to get it. The poor were given clothes and food in the workhouse in exchange for several hours of manual labour each day. Families were split up inside the workhouse. People had to wear a type of uniform, follow strict rules and were on a bad diet of bread and watery soup. Conditions were made so terrible that only those people who desperately needed help would go there.”<sup>65</sup>

Como decíamos, el primero de los movimientos sociales cartistas fue tras los primeros meses de 1837; es decir, tuvo lugar antes de la publicación de la Carta del Pueblo. Sin embargo, poco a poco fueron aproximándose a través de dirigentes como O'Connor. En los meses en los que la campaña política se centró en la Primera Petición, los trabajadores manufactureros mostraron entonces su total apoyo y acercamiento en pro de tal consecución. Sin embargo, cuando la Petición fue rechazada, cambiaron su hoja de ruta y mostraron su apoyo a la Convención Cartista de Birmingham, cuyo objetivo fue convocar una huelga de carácter general. Al cabo de una semana, los cartistas habían

---

<sup>64</sup> *Ibid.*, pp. 188.

<sup>65</sup> BBC: “People and poverty. The Poor Law”, *History*, (2014).

convocado diversas huelgas que acabaron con marchas y manifestaciones en ciudades como Durham, Birmingham o Manchester entre julio y agosto de 1838. Pero una vez más, las divisiones en el seno del movimiento le pasaron factura y el cartismo redujo considerablemente su actividad.<sup>66</sup>

La siguiente fase social del movimiento cartista comenzó en el verano de 1842 y estuvo predominada por un lado por, nuevamente, la independencia de los dirigentes cartistas nacionales con respecto a los asuntos locales; por otro por las revueltas denominadas “*plug-plot*”. Estos tumultos surgieron por las preocupaciones económicas que afectaban a Gran Bretaña así que se extendieron velozmente por las zonas más manufactureras como eran Lancashire o Staffordshire, además de otras regiones del norte y Escocia.

El tercer y último momento cartista fue el de 1848. Tras unos años de cierto quietismo, factores como la crisis económica, la revolución francesa de carácter democrático de febrero de ese año y las elecciones de 1847 (las cuales, habían ganado los *whigs* de Rusell, junto con la elección de O'Connor como miembro del Parlamento por Nottingham), despertaron de nuevo al movimiento. Diversos levantamientos a causa del hambre precedieron a la Tercera Petición, presentada el 10 de abril. Londres y Manchester vieron cómo se levantaban numerosas insurrecciones aunque de menor escala que las de años anteriores; eran ya las últimas actuaciones de un movimiento que se apagaba.

Para Rudé, el cartismo fue un movimiento popular muy rico, heredero de una tradición política radical, pero también un movimiento que nació de las malas cosechas, el hambre, las enfermedades y la pobreza. El ejemplo que mejor ilustra este punto son, sin duda, los sucesos de la segunda oleada, los de 1842.<sup>67</sup>

Sucedieron en el contexto de una década que llegó a ser conocida como la “Década del Hambre”. En un país como el Reino Unido que contaba con más de 16 millones de habitantes, casi millón y medio se encontraba en una situación de miseria tal y como reconocía el propio secretario del Interior. Los precios del trigo iban en aumento año tras año –un 80% superior a los de un lustro atrás–<sup>68</sup> mientras que los salarios hacían lo contrario. Para el *Northern Star*, la riqueza nacional, que se había visto incrementada de

---

<sup>66</sup> George RUDÉ: *La multitud en la historia...*, pp. 188.

<sup>67</sup> *Ibid.*, pp. 195.

<sup>68</sup> Esteban CANALES: *La Inglaterra victoriana*, pp. 145.



sobremano desde el inicio de la Revolución Industrial, había ido a parar a manos de unos pocos capitalistas.

Como respuesta, los cartistas locales habían llevado a cabo gran actividad para convocar una huelga que posteriormente pasó a reivindicar también la Carta del Pueblo. Este movimiento recibió el nombre de revueltas “*plug-plot*”<sup>69</sup> y se extendió, en breve espacio temporal, desde Ashton hacia Oldham, Tyneside, y Manchester para, desde allí, acabar afectando a todo el Lancashire, Yorkshire, Gales del Sur y Escocia.

Por lo que, a pesar de lo que los historiadores habían venido señalando con anterioridad, interpretando los conflictos y la oleada de huelgas de este periodo como reacciones espontáneas por las bajadas salariales, recientemente se ha llegado a la conclusión de que estos altercados sí estuvieron efectivamente promovidos por cartistas. Los sucesos podrían compararse a los de una huelga semirrevolucionaria. No en vano, durante los dos meses en que tuvieron lugar, constituyeron la amenaza más potente al orden del primer periodo industrial, afectando en extensión a nada más y nada menos que 15 condados ingleses y galeses y 8 escoceses. La huelga de 1842 fue la primera de carácter general que se daba en un país capitalista. Hay que apuntar que, pese a no ser de nivel nacional, sí que logró que en muchas ciudades se suspendiese casi la totalidad del trabajo. Aunque el Estado seguramente nunca estuvo en peligro de forma real, sí que fue un gran desafío para él ya que los obreros llevaban la intención de no regresar al trabajo hasta que la constitución hubiese sido modificada.

La huelga, que comenzó el 8 de julio en la cuenca minera de North Staffordshire, tuvo cuatro etapas muy definidas. El primer golpe duró hasta el 2 de agosto y tuvo lugar en la cuenca carbonífera de Staffordshire. Al suceso se le denominó la “conspiración de los tapones”, porque los trabajadores reivindicaron mejoras salariales mediante la sustracción de los tapones de desagüe y desorganización de los fuegos de las calderas.<sup>70</sup>

La siguiente fase se desarrolló entre el 3 y el 11 de agosto, momento en el que se extendió geográfica y laboralmente. Las huelgas comenzaron en las fábricas de algodón

---

<sup>69</sup> “During the summer of 1842 during a deep trade depression, a wave of strikes broke out in Northern Industrial areas. When textile manufacturers sought to reduce wages, mobs took the plugs out of the boilers of the factory steam engines. The Chartist seized the moment and attempted to use the strike weapon as a means to have the Charter accepted.” BBC: “The Plug Drawing Riots”, *History*, (2014).

<sup>70</sup> John RULE: *Clase obrera e industrialización...*, pp. 480.

de Lancashire y llegaron igualmente a Manchester (sólo allí, fueron cerradas más de 130 fábricas que afectaron a 50.000 obreros). El 8 de agosto en Preston, el ejército no tuvo reparo en abrir fuego contra los huelguistas y cuatro de ellos perdieron la vida. La huelga siguió extendiéndose por todo el territorio nacional y ya había llegado a Rochdale, Bolton, Bury, Leeds, Halifax y zonas mineras como Staffordshire. Aquí sin embargo, los tumultos ya no eran sólo por el hambre, sino también por motivos políticos. No obstante, en ese momento la carta como tal todavía no era el motor de la revuelta, sino que lo que se demandaba era un proyecto de ley donde estuvieran plasmadas la jornada laboral de 10 horas y la vuelta al salario de 1840.<sup>71</sup>

El tercer momento fue asimismo el más prominente; del 12 al 20 agosto se levantaron diversos piquetes que se desplazaban por las ciudades para imponer un paro en el trabajo. La postura de mantener la huelga general hasta que la Carta fuese aprobada era respaldada ya por un gran número de asambleas cartistas como la de Manchester o la de las Potteries. El 17 de agosto, en la *National Charter Association*, la asamblea quedó dividida en torno a si seguir o no con la huelga. O'Connor que, como ya dijimos, fue siempre impredecible, cambió varias veces de opinión y finalmente se decidió que había que mantener la huelga; se estableció que la causa era por y para la Carta. Pero el dictamen llegaba ya tarde. Las revueltas "*plug-plot*" fueron desapareciendo a medida que los huelguistas retornaban a sus puestos de trabajo y los sindicatos y los cartistas volvían a separar sus caminos de nuevo.

La última etapa, fue la que abarcó de finales de agosto a fines de septiembre. Algunos historiadores la han definido como el anticlímax ya que por un lado fue disminuida la violencia como hemos señalado y los salarios volvieron a subir, por lo que quedó cerrado el círculo de algo que había tenido su origen en la lucha salarial.<sup>72</sup>

Por aquel entonces, prensa y gobierno creyeron igualmente que la huelga había finalizado por un acuerdo entre los sindicalistas y los cartistas, mientras que historiadores actuales coinciden en que fueron los cartistas quienes controlaron estas huelgas pues en alrededor de 200 mítines se defendió la Carta. Por otro lado, otros autores han señalado la relación, los vínculos que tuvieron el cartismo y el sindicalismo, tanto de forma informal (relaciones personales) como formal (sociedades de oficio) pese a que ninguna

---

<sup>71</sup> *Ibid.*, pp. 481.

<sup>72</sup> *Ibid.*, pp. 481.

organización sindical mostró un apoyo fuerte de manera abierta al cartismo debido a la atmósfera represiva que había sobre él.

En muchas ocasiones se ha utilizado el concepto de organización formal como sinónimo de sindicalismo pero la acción colectiva industrial de grupos como los tejedores o mineros no dependía de esa organización formal puesto que incluso las *unions* podían ser temporales. De hecho, los momentos álgidos del cartismo de 1838 a 1839 coincidieron con un período en que no hubo huelgas fabriles importantes y no fue hasta la bajada de sueldos de 1840 cuando la acción industrial tuvo lugar, coincidiendo con el segundo momento álgido cartista. La vinculación por tanto entre el cartismo y los oficios fue evidente y jugó un papel vital.

No obstante, cuando hablamos de los sucesos de 1842 hay que tener cuidado con las generalizaciones en favor de la Carta. Mientras en ciudades como Manchester sí se declararon a favor, en otras ciudades su apoyo fue menos claro y pusieron mayor énfasis en las reivindicaciones salariales; si bien es cierto que la huelga se produjo en un momento de creciente conciencia política y debate público. “En conjunto se debe aceptar que en 1842 había un apoyo muy considerable, aunque no universal ni mucho menos, a la huelga política.”<sup>73</sup>

Cuando saltó la chispa de la huelga en Manchester en favor de la Carta iniciada por los mineros del carbón, se impuso igualmente en las demás minas y alfarerías y, aunque en Potteries estaban organizados peor, la crisis económica del momento dio lugar a una resistencia popular desafiando de forma considerable a la autoridad.

Así pues, lo importante de 1842 es que supuso un ejemplo de colaboracionismo entre las *trade unions* de niveles locales y los activistas políticos; es decir, en un momento de sufrimiento del mundo obrero, éste demostró su unidad encontrando cartistas entre los dirigentes locales de los oficios.

---

<sup>73</sup> *Ibid.*, pp. 485.

## 8. Conclusiones.

Como hemos ido mostrando, la unión entre las diferentes ramas y organizaciones fue breve pero pese a ello, constituyó un hito en la historia laboral de Inglaterra. Los disturbios no sólo fueron los típicos cartistas, sino también tumultos propios del pasado y no de la década de 1840. Sin embargo, las reivindicaciones sí que eran acordes al momento que estaban viviendo. Por tanto, el cartismo fue a pesar de todo un movimiento complejo, un producto también de una sociedad industrial en proceso de evolución y consolidación; que en él hubiera mucha heterogeneidad social no quita ni resta importancia a su caracterización como un movimiento innovador que aunó reivindicaciones laborales y políticas. Y eso fue una auténtica novedad, toda una “modernidad”. Pese a derivar de modelos radicales pasados, nunca hubo una intención manifiesta de volver a lo antiguo. La Carta le dio la posibilidad al mundo obrero de reivindicar unas demandas a escala nacional y no sólo de forma local como había pasado en siglos anteriores. Ayudó por ende a la creación de una conciencia obrera nacional; fue por así decirlo un temprano y antecedente partido obrero. “A pesar de que el cartismo reflejó los últimos estertores de una sociedad agonizante, fue al mismo tiempo la expresión del alumbramiento de una nueva”.<sup>74</sup>

Y es que la influencia del movimiento no acabó en 1848, sino que tal y como nos mostró Edward D. Jones fue mucho más allá ya que, por ejemplo, parte de su legado fue recogido por el Partido Liberal:

“When Chartism passed away the Liberal Party fell heir to much of its constituency. The effect of this was noticeable in the progressive policy soon adopted by that party. It is impossible to consider that the influence of Chartism ceased entirely with the year 1848. It fallowed the ground, so to speak, for subsequent reforms. One evidence of this is the luxuriant growth of newspapers and periodicals and debating clubs of all sorts that sprang up for a time advocating every sort of reform. Most of these were short-lived, it is true, but they evinced the breaking up of traditional lines of thought. Those supporters of Chartism who passed into the Liberal Party turned the government to the serious consideration of economic problems. Chartism shows us that movements for reform

---

<sup>74</sup> George RUDÉ: *La multitud en la historia...*, pp. 196.

which begin in the lower orders of society, are often born of physical misery, and progress or recede as that fluctuates.”<sup>75</sup>

En cuanto al porqué del fracaso cartista, podemos enumerar una serie de diversas causas que lo propiciaron. Por un lado, desde el principio hubo una gran división en lo referido a la manera de actuar en caso de que las peticiones fueran denegadas. Los defensores de la “fuerza moral” y de la vía legal ignoraban que, salvo para los sectores más radicales del Parlamento, el voto universal masculino era una idea ante la que se mostraban reacios. En el polo opuesto, los valedores de la acción mediante la “fuerza física” tenían elementos en contra como el alejamiento de la clase media por su radicalidad y la cada vez más consolidada relación entre burgueses y terratenientes. Asimismo, el aparato represivo del Estado fue siempre muy efectivo minando la moral de las masas. Otro factor a considerar se encuentra en el hecho de que, a partir de 1848, la economía mejoró considerablemente, lo que contribuyó a la desmovilización de la población.

Igualmente es de consideración, a pesar de que cierta historiografía ha achacado gran parte del fracaso cartista a O’Connor (tampoco en vano), el pragmatismo del gobierno a la hora de alternar la represión con concesiones que calmaran las agitaciones. Los ejemplos podemos encontrarlos en la abolición de las leyes de cereales o en las reducciones en el horario laboral de mujeres y niños, lo que ayudó a disminuir la presión tanto de la burguesía industrial como de los trabajadores de la industria textil respectivamente.

Esta política de reformas, unida a los factores anteriormente señalados, contribuyó también a desarmar al cartismo. Lo hizo, según algunos historiadores, al restar argumentos a la imagen y visión de un Estado instalado en “la corrupción aristocrática y alianza de las clases productoras contra las parasitarias”, defensor del “enfrentamiento entre el capital y el trabajo, y de la explotación económica de los trabajadores y su desarraigo social.”<sup>76</sup>

Si bien es cierto que el cartismo quedó desarticulado a la altura de 1848, ello no resta significación histórica a un movimiento político que, como señala Esteban Canales,

---

<sup>75</sup> Edward D. JONES: *Chartism...*, pp. 527 – 528.

<sup>76</sup> Esteban CANALES: *La Inglaterra victoriana*, pp. 151.

encauzó anhelos de transformación social y fue capaz de elaborar una cultura propia, en la que la lectura y discusión del *Northern Star*, la asistencia a mítines y manifestaciones y un cierto protagonismo de las mujeres fueron sus características destacadas.<sup>77</sup> Fueron anhelos que conviene situar también en una obligada perspectiva comparada europea, si bien este TGF no haya podido detenerse en ella. La Europa de los años 30 amaneció con una revolución en Francia que, desde París y sus Tres Gloriosas Jornadas de julio, saltó a Bruselas, Polonia, y a los estados italianos y alemanes. No sólo: también a Suiza, Portugal y España. Los años que corrieron entre 1838 –fecha fundacional del cartismo– y 1848 –presunta fecha de su defunción–, fueron una época decisiva para las clases populares y trabajadoras. Fueron las “tormentas de 1848”. Aquéllas en cuyo contexto y mientras se levantaban barricadas en las calles de París, Marx y Engels dieron a conocer el “Manifiesto Comunista”, con aquel alegato final (“¡Proletarios de todos los países, uníos!”) que ya invitaba a la creación de una organización más allá de las fronteras.

El inicio de la misma, en su mitin fundacional de Saint Martin Hall en 1864, no resultó ajeno a las experiencias acumuladas por el movimiento cartista en aquella isla que fue, durante la mayor parte del siglo XIX, la primera economía del mundo. En este sentido, se puede decir que “sin los seguidores de Owen en 1834, o los Seis Puntos del cartismo a partir de 1838, es muy probable que las fuerzas muy heterogéneas del descontento no hubiesen logrado convertirse en una fuerza nacional única, aunque frágil, y los historiadores quizá se hubiesen limitado a señalar la coexistencia de diversos movimientos.”<sup>78</sup>

---

<sup>77</sup> Esteban CANALES: *La Inglaterra victoriana*, pp. 151.

<sup>78</sup> Eric HOBSBAWM: *Trabajadores...*, pp. 182.

## 9. Bibliografía.

Miguel ARTOLA y Manuel PÉREZ LEDESMA: *Contemporánea. La historia desde 1776*, Madrid, Alianza, 2005.

BBC: “People and poverty. The Poor Law”, *History*, (2014),  
<http://www.bbc.co.uk/schools/gcsebitesize/history/shp/britishsociety/thepoorrev1.shtml>

BBC: “The Plug Drawing Riots”, *History*, (2014),  
[http://www.bbc.co.uk/lancashire/content/articles/2008/05/30/darwen\\_st\\_plaque\\_feature.shtml](http://www.bbc.co.uk/lancashire/content/articles/2008/05/30/darwen_st_plaque_feature.shtml)

Esteban CANALES: *La Inglaterra victoriana*, Madrid, Akal, 1999.

Peter GORDON: “Robert Owen (1771 – 1858)”, *Perspectivas: revista trimestral de educación comparada*, París, UNESCO: Oficina Internacional de Educación, 1993, pp. 279 – 297.

Eric HOBSBAWM y George RUDÉ: *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*, Madrid, Siglo XXI España Editores, 1978.

Eric HOBSBAWM: *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1979.

Eric HOBSBAWM. *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1987.

Eric HOBSBAWM: *La era de la Revolución. 1789 – 1848*, Barcelona, Crítica, 2011.

Edward D. JONES: *Chartism: A chapter in English industrial history*, Wisconsin, University of Wisconsin, 1898.

Nese of KING’S COLLEGE LONDON: “The Northern Star (1837 – 1852)”, *The Nineteenth-Century Serials Edition*, (2017), <http://www.ncse.ac.uk/headnotes/nss.html>

María LANFRANCO: *La teoría sobre la naturaleza del hombre y la sociedad en el pensamiento de Robert Owen como base del socialismo británico (1813-1816)*, Tesis doctoral, Universidad Católica de Valparaíso (Chile), 2012.

Frank PODMORE: *Robert Owen: a biography*, Londres, George Alenn & Uriwin, 1906.

Stephen ROBERTS: "The Chartist Movement, 1838 – 1848", *History*, BBC, (2011), [http://www.bbc.co.uk/history/british/victorians/chartist\\_01.shtml](http://www.bbc.co.uk/history/british/victorians/chartist_01.shtml)

George RUDÉ: *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra. 1730 - 1848*, Madrid, Siglo XXI, 1979.

John RULE: *Clase obrera e industrialización. Historia de la revolución industrial británica, 1750 – 1850*, Barcelona, Crítica, 1990.

Edward Palmer THOMPSON: *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995.

Edward Palmer THOMPSON: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989.

Parliament of UNITED KINGDOM: "The Reform Acts and representative democracy", *Living Heritage*, (2017), <http://www.parliament.uk/about/living%ADheritage/evolutionofparliament/houseofcommons/reformacts/overview/reformact1832/>

Sidney WEBB y Beatrice WEBB: *Historia del sindicalismo, 1666-1920*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 1990.